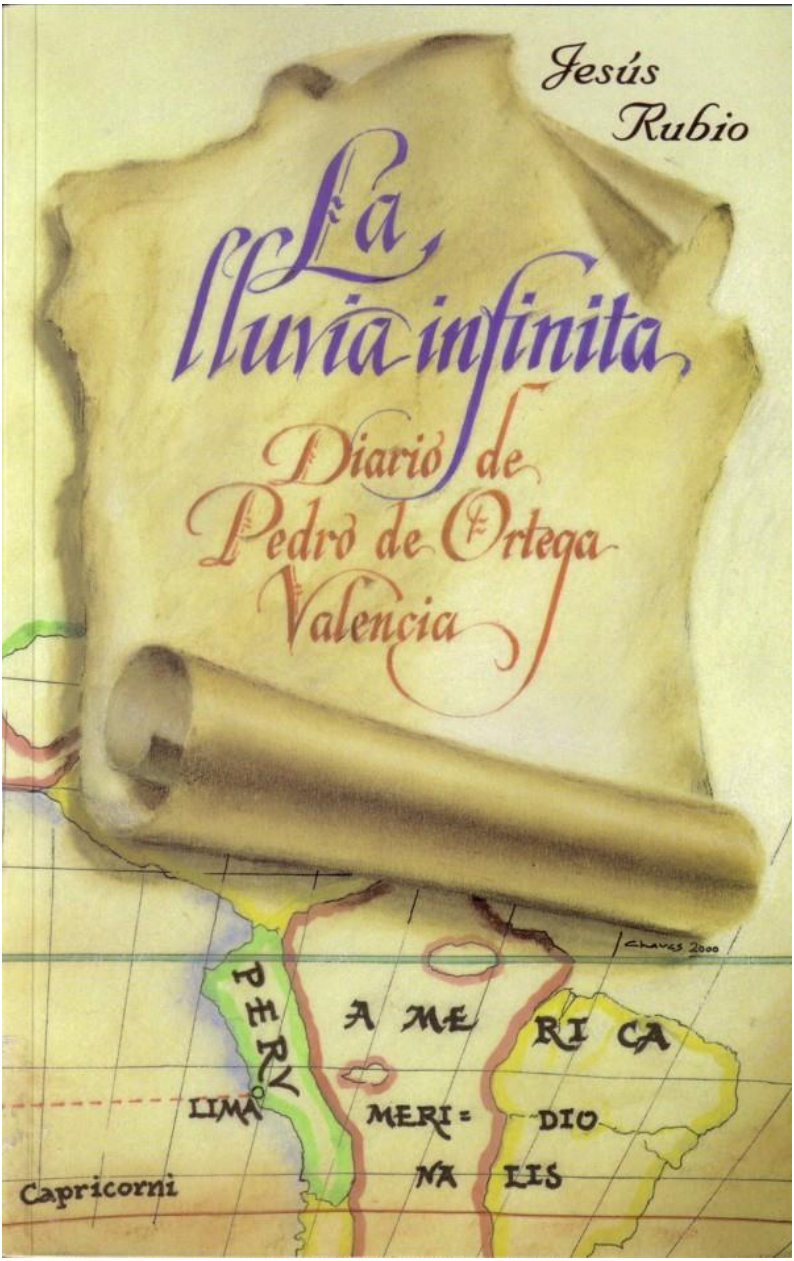
Jesús
Rubio
La
lluvia infinita
Diario de
Pedro de Ortega
Valencia
Chaves 2000
PERU
LIMA
AMERICA
MERI=
DIO
NALIS
Capricorni

LA LLUVIA INFINITA

Jesús Rubio Villaverde. 1999
Edita: Ayuntamiento de Guadalcanal
Colabora: Diputación de Sevilla. Cooperación
Imprime: Diputación de Sevilla. Imprenta
Depósito Legal: SE-724-2000

Prohibida la reproducción total o parcial del presente libro sin la autorización expresa del autor.
Prohibida su venta. Es un obsequio del Excmo. Ayuntamiento de Guadalcanal.
Impreso en España – Printed in Spain

LA LLUVIA

INFINITA

Diario de Pedro Ortega Valencia

Jesús Rubio

CALLE DE ORTEGA VALENCIA

En esta calle nació
Don Pedro Ortega Valencia.
Se sabe de su existencia
que a las Indias emigró.
Una isla descubrió
en la lejana Oceanía.
Preso de melancolía,
y por alejar su mal,
la llamó Guadalcanal.
Tan presente lo tenía.

Andrés Mirón, Calicanto. Sevilla 1992

PRÓLOGO

Los ESPAÑOLITOS que nacen en Guadalcanal (Sevilla) aprenden muy pronto, por transmisión oral, que hay una isla en el Océano Pacífico que se llama como su pueblo, debido a que fue descubierta en 1568 por su paisano Pedro Ortega Valencia, cuando, cumpliendo órdenes de Álvaro de Mendaña, mandaba un bergantín expresamente diseñado, para navegar por los bajíos. Sus padres o sus amigos mayores les ilustran después, desde hace mucho tiempo, tal vez el siglo pasado, de que hay una calle en el pueblo que recuerda al personaje, llamada popularmente calle Valencia, y oficialmente, calle Gran Maestre, que era el cargo de Ortega en la expedición de Mendaña. A muchos de esos españolitos, de mayores, cuando han emigrado a los más variados destinos, les ocurren infinidad de anécdotas relacionadas con el toponímico de su lugar de origen. Así, cuando dicen que son de Guadalcanal, sus interlocutores llevan la conversación a la batalla de la Segunda Guerra Mundial, la isla, el portaviones de igual nombre, la reciente película La delgada línea roja, e incluso, para muchos andaluces no sevillanos, la emisora de TVE sita en el monte Hamapega, próximo a la población. Todo, menos el pueblo en donde nacieron.

Hace unos cinco años recibí la llamada del autor de este texto, que se identificó como paisano y periodista. Era uno más de los millares de guadalcanalenses a los que el destino había centrifugado. A él le tocó Madrid, donde llegó cuando aun no tenía un año de edad y en donde se

graduó en Ciencias de la Información. Tras unos meses en un diario de vida fugaz, ahora trabaja en Toledo en una revista semanal y en una emisora de radio local. Cuando nos conocimos tenía una asignatura pendiente -a veces no hay más remedio que usar frases hechas- que no era otra que la de escribir un texto sobre el viaje de Pedro Ortega. He vivido de cerca la gestación de esta criatura literaria, con sus problemas de documentación, enfoque y dudas en cuanto al género literario a elegir. Ahora que finalmente el parto ha tenido lugar me congratulo de poder presentar la narración de lo que pudieron ser las vivencias que tuvo Pedro Ortega durante los largos meses que duró su odisea.
Sólo añadiré, para concluir, que me gustaría que esta obra animara a otros escritores guadalcanalenses a hurgar en el pasado del pueblo, del que tanta documentación hay aún sin aprovechar. A veces hay que insistir en lo obvio, esto es, en que lo que somos, tanto individual como colectivamente, no es cuestión de azar, sino que viene predeterminado por el pasado cuyo conocimiento es indispensable para explicarnos el presente e intentar atisbar el futuro.

JOSÉ MARÍA ÁLVAREZ BLANCO,
cronista no oficial de la Villa de Guadalcanal

INTRODUCCIÓN

HACE POCO más de un año, paseando por las innúmeras librerías de viejo de Charing Cross Road, en Londres, cierto amigo, amigo cierto, que no quiere ser citado, por lo que me veo obligado, aunque me pesa, a respetar su anonimato, halló un documento que intuyó de suma importancia.

-Al menos para ti- dijo. Se trataba de un diario.

Del diario que escribiera Pedro de Ortega Valencia durante su expedición de descubrimiento de las Islas Salomón en 1567, a las órdenes de Álvaro de Mendaña.

Aunque yo conocía la existencia de dos memoriales, escritos por el propio Ortega, nunca pensé que existía, además, un relato directo, de su puño y letra, del citado viaje, el cual es tratado de forma somera en su primera probanza de méritos, que data de 1569.

No es importante reseñar aquí ninguna descripción de los sentimientos que me embargaron cuando me enteré del hallazgo.

El librero que vendió, a precio irrisorio, por cierto, el legajo, al que acompaña una carta del nieto del viejo general guadalcanalense, también llamado Pedro, no supo decirle a mi querido amigo, la procedencia exacta del mismo, aunque sospechaba que pertenecía al lote que le compró a los herederos de un paleógrafo llamado Joseph A. White.

El texto que compró mi amigo era la transcripción, en inglés, de ambos textos, y se desconoce el paradero del original, que puede estar perdido en cualquier vetusta biblioteca inglesa o en algún desvencijado arcón en cualquier desván de Bloonnsbury o Chelsea.

Quizás ni esté en Londres. Quizás ya ni exista.

Sólo puedo certificar dos aspectos sobre este importante hallazgo.

El primero es que, a lápiz, en el encabezamiento, aparece esta nota: 7-8-10, por lo que deduzco que el tal White debió examinar el texto y traducirlo el 8 de julio de 1910.

El segundo se refiere al tal White.

Por pesquisas posteriores he podido averiguar que este paleógrafo e investigador colaboró, a principios de siglo, con la Haklyut Society, asociación que se ha dedicado a investigar todos los aspectos relativos a viajes y descubrimientos marítimos, con especial predilección por los realizados en el Pacífico, y más concretamente por los de los españoles del XVI; sus estudios sobre el segundo viaje de Mendaña con el capitán Fernández Quirós, y sobre el del lugarteniente de éste, Váez de Torres, el primer europeo que vio Australia, gozan de gran reputación entre los historiadores.

¿Cómo llegó este manuscrito de Ortega hasta Inglaterra?

No se sabe.
Pero el hecho de que Pedro Sarmiento, cosmógrafo del aquel viaje y amigo de Ortega, sufriera prisión en la Torre de Londres, con un carcelero de postín, el corsario sir Walter Raleigh, puede darnos una pista: quizás Sarmiento le informara de ello y por ello los investigadores ingleses conocieran siempre de su existencia, ya que el diario, como se infiere por la carta de su nieto, nunca fue enviado a ningún estamento oficial español, sino a una persona particular, que muy bien pudo deshacerse de él.
¿Y por qué a Inglaterra?
Sabido es, y eso es una verdad aceptada por los numerosos historiadores con los que he contactado para verificar la autenticidad del relato y de los hechos que en él se relatan, que Inglaterra, ya en el siglo XVI, quiso borrar la huella del paso de los españoles por el Pacífico Sur, para así reclamar su legitimidad moral en los descubrimientos y colonizaciones que allí llevaron a cabo, muy especialmente en Australia, continente que la tradición apunta al inglés Cook como primer descubridor, aunque sea incierto, porque ya el español Váez de Torres la vislumbró en 1605 -casi dos siglos antes que el marino inglés-, y también el holandés Tasman, setenta años después que Váez, la circunnavegó por su parte meridional, desembarcando en una isla a la que le puso su nombre: Tasmania.
Queda claro pues que el interés de los ingleses, responda o no a un intento de ocultación de méritos de otros o de reescribir la historia, ha sido claro, y por ello no sorprende, tras un pequeño análisis, que el manuscrito de Ortega acabara a las orillas del Támesis.
Es hora, pues, de pasar a otras consideraciones.

Del análisis del texto, que, como se verá, no deja de ser una enorme carta a su mujer, Isabel Hidalga, se puede certificar que Ortega cuenta toda la verdad sobre el azaroso y fracasado viaje de Mendaña para descubrir las míticas tierra de Ofir, lugar al que, según la leyenda, marchaban las naves del rey Salomón para surtirse de todo tipo de riquezas para la construcción del famoso templo, símbolo del esplendor que Israel vivió bajo su reinado.

Y decimos que cuenta la verdad porque de las diversas relaciones que se conservan del viaje -Mendaña, el piloto mayor Gallego, Sarmiento...- una cosa queda clara: en aquel viaje los recelos y desconfianzas de unos y otros estuvieron a la orden del día, como lo demuestra la campaña de difamación que Sarmiento inició contra Mendaña una vez finalizado el viaje.

En cuanto a los descubrimientos, todos son ciertos, pues así ha sido comprobado.

Tan sólo bailan las fechas; pero mientras el resto de miembros de la expedición escribieron sus memoriales tras llegar a Nueva España, es decir, lo hicieron de memoria, Ortega lo hizo día a día, durante el transcurso del viaje; consecuencia: es mucho más fiable, en este sentido, el relato de Ortega que el de otros expedicionarios.

Hay que hacer una salvedad con respecto al texto: nos ha llegado incompleto.

En su última reseña, que responde al 22 de febrero de 1568, un mes después de su regreso, Ortega alude a que su última anotación es del 4 de septiembre, aunque en el texto encontrado por mi amigo la última fecha que aparece es la del 17 de julio.

También falta casi todo el mes de marzo de 1567.

Respecto al primer hecho caben dos suposiciones: o que efectivamente ese texto se perdiera, o que White no lo transcribiera porque no lo considerara de interés; de todas formas, no importa, sabemos, porque Ortega lo dice en su última anotación, que las tormentas y los fuertes vientos se cebaron con la flotilla, que ambas naos se separaron y que a punto estuvieron de morir todos.

Esta pérdida no rompe la ilación del relato, pues. Como tampoco lo hace la pérdida de casi todo el mes de marzo, ya que en el resto de las relaciones tan sólo se dice que, durante esos días, los expedicionarios se dedicaron a la tarea de realizar un bergantín de calado más bajo para poder navegar por aquellas aguas peligrosas por sus bajos y arrecifes, y que se realizaron algunas entradas en Santa Isabel para inspeccionar la isla, pero que en ellas, salvo algún encuentro furtivo por parte de los indios, no pasó nada de interés.

Ortega tampoco debió de dedicarse de manera constante al diario, pues como él mismo dice, lo escribió "por ir descontando días", de lo que se deduce que hubo jornadas en las que, o estaba muy ocupado, o no se produjeron hechos dignos, para él, de ser relatados; esto explica por qué hay un salto en el relato desde e14 de septiembre hasta el 22 de febrero: fueron tantos los avatares y peligros que sufrió que bastante ocupado estaba Ortega en salvar su vida como para dedicarse a seguir, día a día, con lealtad de adolescente, un diario al que no debió considerar de especial valor, pues nunca lo publicó.

Aunque en este último aspecto, quizás, habría que hacer otra reflexión: si después del viaje tuvo que realizar un informe para poder solicitar una pensión, ¿por qué no remitir el diario?

¿No lo consideraba afortunado? No lo parece.
Quizás Ortega lo consideró contrario a sus intereses, porque, como el lector podrá apreciar, en él se defiende a Sarmiento, sobre todo al final, y sabido es que el cosmógrafo no era persona bien considerada por las autoridades, ya que había sido condenado por el Santo Oficio, debido a sus conocimientos astrológicos, y de cuya ira pudo escapar gracias a la ambición del gobernador Lope García de Castro, organizador del viaje a las Salomón, que intercedió por él.
Para no cansar más al paciente lector, sólo haré tres precisiones más: dado el carácter urgente del diario, se le ha dado un poco de forma, en el sentido de completar las frases inacabadas por Ortega y de dialogar algunas de las impresiones del maestre de campo, para comprensión y agilización del texto.
No se ha añadido nada que pudiera transformar, aun levemente, el sentido del mensaje, pero era obligado limar sus incoherencias narrativas.
La segunda precisión se refiere a la carta del nieto de Ortega: es cierto que su abuelo fue gran amigo de don Pedro de Arana, general de las galeras, que, ya muerto Ortega, emitió un informe muy favorable sobre él, destinado, principalmente, a que su nieto se viera favorecido.
Se ha tratado de indagar las fechas de nacimiento y muerte de Pedro de Ortega, pero todo ha sido infructuoso, sólo podemos intuir que debió nacer hacia 1520, en Guadalcanal, por supuesto, y que en 1598 ya estaba muerto.

Sí se sabe que embarcó hacia América en abril de 1540, con rumbo a Nueva España, que se casó con Isabel Hidalga, y que de su matrimonio nacieron dos hijos, Jerónimo, que viajó con él a las Salomón, y Pedro, que se casó con María de Arellano, unión de la que nació su nieto y heredero Pedro de Ortega Valencia.
También sabemos que viajó a Madrid para recibir instrucciones sobre la pacificación de los negros del Bayano, que se rebelaron en 1580.
Por último, él título, La lluvia infinita, ha sido una licencia mía, pues el de Diario del viaje de Pedro de Ortega a las Salomón, que también manejé, me pareció grisáceo; de todas formas, el lector verá que el título finalmente elegido no es, ni mucho menos, gratuito.
Para finalizar, sólo dos agradecimientos: a José María Álvarez Blanco y a Miguel Grillo, paisanos y amigos; sin ellos, hubiera sido imposible la realización de La lluvia infinita.

J. R.

LA LLUVIA INFINITA
(Diario de Pedro de Ortega)

1567. 19 DE NOVIEMBRE.
La armada no ha zarpado hoy, finalmente.
Según el piloto mayor, Hernán Gallego, los hombres han holgazaneado mucho; y por eso la noche se ha echado encima, aunque hemos llegado a largar velas.
Mejor por la mañana: zarpar con la aurora es siempre buen presagio, dicen los hombres de mar y así será si ellos lo dicen.
Escribo esto para ir descontando días, que aquí, con tanta luz, no parecen tener fin.
Soy, en esta armada, capitán de la nao almiranta, llamada Todos los Santos, y maestre de campo; y conmigo irá Hernán Gallego, piloto mayor, hombre que no me mira cuando me habla.
En la capitana, de nombre Los Reyes, irán embarcados el cosmógrafo Pedro Sarmiento de Gamboa, inspirador de este viaje a las islas de Ofir, o de Salomón, como ya las conocemos todos, y el almirante Álvaro de Mendaña,

joven sobrino del gobernador del Perú, don Lope García de Castro, hombre de tanta valía como ambición y al que conocí en Panamá, hace cuatro años, cuando llegó allí para restaurar la Audiencia.
A Panamá llegué hace veintitrés años y de allí soy Alguacil Mayor.
Desde allí partí para combatir a Gonzalo Pizarro y sus rebeldes.
Y a los hermanos Contreras y sus bandidos.
Y a Francisco Hernández Girón y sus encomenderos: Allí queda mi mujer, Isabel y uno de mis hijos, Pedro. Allí está mi hacienda, ganada con sudor y con sangre. Allí queda, al cabo, todo cuanto amo y que un día espero volver a ver, si Dios y esta mar Austral, de la que dicen los marinos que tiene memoria, así lo quieren.
Isabel: cada día que pasa te echo más de menos, pero están aquí conmigo nuestro hijo Jerónimo y nuestro primo Francisco Muñoz Rico, que harán mi ausencia más llevadera.
Mañana escribiré esto desde alta mar.
Saldremos de día: el sol mejor que la luna, pues la noche en el mar es ladina y madre de trampas.
En la mar como en la tierra.

20 DE NOVIEMBRE.
Isabel: debes perdonarme porque lo había olvidado.
Pero Pedro Juárez, capitán artillero a quien tú conoces, ha sido quien me lo ha recordado: hoy, 20 de noviembre, es fiesta de Santa Isabel.

La armada zarpa en tu día y este hecho, tan leve y sencillo, tan íntimo e inocente, me ha hecho sentir un gozo que me hace ver todo con excelente talante.
Ahora sé que volveremos.
La fe tiene estas cosas: no sólo se cree en la Providencia, sino también en esas supercherías que el Diablo coloca en nuestro camino.
Isabel, deberías haber visto cómo estaba el puerto del Callao cuando íbamos a zarpar.
Toda Lima estaba allí. Hubo hasta música. Y salvas de artillería.
Y allí estaba el propio gobernador, don Lope, emplumado como un pavo y con el mismo brillo fiero en los ojos. "Cuide de mi sobrino, don Pedro", me ha dicho; a lo que le he respondido que perdiera cuidado, que le garantizaba protección a don Álvaro.
Pero he prometido algo que no puedo garantizar.
Pues lo que se puede garantizar no es necesario prometerlo, al menos eso entiendo.
Nada más zarpar nos ha acompañado el viento, con lo que muy pronto dejamos atrás El Callao y tomamos el rumbo Suroeste, que es el determinado por Sarmiento de Gamboa desde el inicio.
Un rumbo que no debe abandonarse durante mil leguas, hasta que estemos a unos dieciséis grados al Sur de la línea Equinoccial.
Allí es donde está Ofir.
Reina el buen humor y el único serio es el piloto mayor, Hernán Gallego.

Yo espero que sea su talante natural, pero algo muy dentro de mí dice que no debo confiar mucho en él; la aprensión no debe abandonar a un buen militar.
Pero el oro de Ofir mantiene a la gente bien dispuesta: la promesa de la fortuna nubla sus ojos y traba sus conversaciones; por ello trabajan no sólo con denuedo, sino con alegría.
Por la noche, que es cuando escribo esto, sigue el buen viento.
Mar serena.

21 DE NOVIEMBRE.
Nada importante que reseñar: cada uno en su trabajo y Dios en el de todos.
Sólo apunto la sensación de cierto desamparo que produce tanta inmensidad.
Los días, en estas latitudes y en esta época del año, son tan claros que a veces no se discierne el horizonte: no se sabe dónde acaba el mar y dónde empieza el cielo.

22 DE NOVIEMBRE.

Bendita sea la luz
y la Santa Veracruz
y el Señor de la Verdad
y la Santa Trinidad;
bendita sea el alba
y el Señor que nos la manda
bendito sea el día
y el Señor que nos lo envía.

Reseño esta oración, que el padre Juan de Torres, fraile franciscano, reza todos los días a bordo, al caer la tarde,

porque aquí, Isabel, en alta mar, cuando no se trabaja, se reza.
O se blasfema.
Porque la blasfemia es al marinero lo que la sal al mar, y yo no sé si estos hombres son demonios o son locos.
Pero incluso ellos, demonios o locos, aprecian a Juan de Torres.
Matías Pineto, hombre que ya ha servido conmigo en otras expediciones, me lo ha dicho:
-Si han de venir religiosos, que sean franciscanos. No sólo rezarán, sino que trabajarán cuando llegue la hora.
Eso es lo que dicen los marinos.
Por lo demás, todo tranquilo. Sólo el mar.
Este mar sin final.

23 DE NOVIEMBRE.
Según pasan los días y perdemos altura, el tiempo va cambiando.
Ya no sólo hay agua bajo los navíos, también sobre él, y si antes la madera se secaba y cuarteaba, ahora el lodo hacía que los pies se pegaran, costando un enorme esfuerzo caminar sobre la cubierta.
Mucha agua, Isabel, excepto para nosotros, que ya nos hemos acostumbrado no sólo a la soledad, sino también a la sed.
Pero los marineros, a lo suyo: el juego y la blasfemia.
Si no fuera porque también sería mi perdición, desearía que un enorme brazo de mar se los llevara a todos.

No me gusta esta gente doble, y todavía no entiendo como siendo de natural haragán y desobediente, hemos ganado con ellos todo un mundo para la Corona.
Se juegan el alma pero el alférez Enríquez, hombre joven pero experto, me ha contado que, incluso, hasta los piojos, pues tal es su amor al riesgo.
-Los colocan sobre un círculo no mayor que la palma de la mano, don Pedro. Y el último en salirse del círculo es el que gana. No me lo han contado, señor, que lo he visto.
Es este Enríquez, Isabel, hombre que me agrada, y me ha puesto sobre aviso.
No todo es paz en la flota. No.
-Señor, no me gusta. Más de una vez he sorprendido a Gallego y a algunos de sus marinos de más confianza hablando por lo bajo en corrillos. Cuando me han visto han cambiado su conversación.
Tarde o temprano tendré un encuentro con Gallego.

24 DE NOVIEMBRE.
Alguna de la gente ha visto dos rorcuales. Dicen que ése es gran presagio.
Pero no signo de tierra.

25 DE NOVIEMBRE.
Escribo esto, Isabel, en noche clara, con toda la Cruz del Sur, guía de los marineros, reluciendo sobre nuestras cabezas como nunca lo había visto hasta ahora.
Soy hombre de fe, Isabel, más no muy devoto, pero he de decirte que lo que me ha dicho Juan de Torres, el franciscano, me ha hecho pensar.

Así lo escribo:
-Sepa, señor, que todas estas estrellas, fueron creadas por Dios no sólo para mostrarnos la grandeza de nuestra creación, sino para recordarnos todas las noches, antes de dormirnos, que no somos mejores que los granos de arena que descansan en el fondo del mar.
¿De qué me sirve, pues, todo mi orgullo?

26 DE NOVIEMBRE.
La pez, la brea, el salitre y el sudor: el navío empieza a oler mal.
Es lo peor de llevar ya casi una semana embarcados: los olores.
Los olores y la mazamorra, ese bizcocho que se queda en la garganta y ni se puede escupir ni tragar.
Pues la carne y el pescado, después de seis días de navegación, empieza a oler mal.
Yo no los pruebo.
Según los cálculos, queda no menos de una semana para llegar a ver las primeras islas de Ofir.
Y ni una montaña de oro ambiciono más que una jarra de vino y un sabroso capón.
Pero, de momento, mazamorra y almendras.

27 DE NOVIEMBRE.
Por señas, nos han hecho saber desde la capitana que algunos de sus soldados han dicho que a la parte del Oeste han visto tierra.

He hablado con Hernán Gallego, quien no se ha creído ni una sola palabra de lo dicho.
-Según la derrota fijada en Lima, no puede ser. No llevamos más de 500 leguas navegadas. De todas formas, según, el rumbo que llevamos si se alcanza tierra, será por la mano de Dios.
Por fin se ha sincerado, pues cuando le he preguntado qué quería decir, se ha envalentonado:
-Quiero decir, señor maestre de campo, que la derrota es equivocada. No hay tierra por estos rumbos, por más que Sarmiento se certifique de ello. Si hay tierra es más al Norte.
Le he respondido, Isabel, que Sarmiento es hombre notable y que su prestigio entre los geógrafos y los historiadores es grande, y que si él dice que, por esta ruta, veremos tierra en una semana, así habrá de ser.
Le he prohibido que hable de estas cosas con sus hombres, porque a la más leve señal de insubordinación, me veré obligado a castigarles.
Castigo del que Gallego sería el único responsable.
Los marinos son amigos de riñas y motivos y sólo entienden de azotes.
No me temblará la mano si llega el momento. Pero, ¿y si Gallego tuviera razón?
Una semana de navegación: cada uno en su trabajo y Dios en el de todos.

29 DE NOVIEMBRE.
Sigue el trabajo, pero de la euforia de los primeros días se ha pasado a un quehacer rutinario y desganado.

Ayer y hoy, el mar se ha embravecido un tanto, pero no ha pasado de ahí, gracias a Dios.
Según la ruta trazada en Lima, no hemos de encontrar tormentas en esta época del año por estas latitudes, pero el Mar del Sur es veleidoso y caprichoso.
La traición navega en cada una de sus olas.

30 DE NOVIEMBRE.
Diez días embarcados y ha comenzado la impaciencia. He mandado azotar a dos marinos que, a grandes gritos, pedían a Gallego que hablara conmigo para convencer a Mendaña de que había que cambiar la derrota, pues íbamos a la muerte segura.
Cuando me han visto llegar, no se han arredrado. Pero tolero el valor sólo cuando obedece órdenes. Diez azotes a cada uno les habrá calmado.
El alférez Enríquez me ha reprochado el excesivo castigo que a su juicio he dado a esos dos rufianes.
-¿Quiere usted acompañarles en el castigo?
No ha dicho nada, pero se ha marchado murmurando hacia su camarote.
Me parecía un hombre valioso, pero a lo mejor tengo que empezar a pensar que me he equivocado con él.
Antes de sentarme y agarrar la pluma, Isabel, he paseado por cubierta.
Todo tranquilo, o al menos eso parece. Mar serena.
Buen viento.
Y la Cruz del Sur.

1 DE DICIEMBRE.
Hoy la nao capitana, hemos podido saber, ha perdido a un hombre.
Ha sido de madrugada: andaba un poco revuelto el tiempo y un golpe de mar, conjurado con la noche, ha debido acabar con él, pues con el fragor de las olas nadie ha escuchado sus gritos de auxilio.
Para cuando se le ha echado en falta era demasiado tarde. En la almiranta ha cundido el desánimo cuando se ha sabido la noticia, pues entienden los marineros que si el viento y el tiempo han acompañado y, aun así, ya hay que llorar por uno de los nuestros, qué será de todos nosotros cuando llegue la época de las tormentas.
Yo también tengo miedo.
Pero he de disfrazarlo, pues una de las tareas de los capitanes, y de las más importantes, es la de infundir valor a sus hombres; si me vieran apesadumbrados, estaríamos perdidos: una leve brizna de flaqueza y la revuelta prendería el barco como una tea.
Pero tengo miedo, Isabel.
No tanto a la muerte como a la inmensidad.

2 DE DICIEMBRE.
Según la derrota trazada por Sarmiento, estamos a unos tres días de llegar a las primeras islas de Ofir, o de Salomón.
Pero ese nombre ya no hace brillar los ojos de los hombres de la nao: están preocupados.
Los temores de Gallego se han propagado entre todos los expedicionarios como el fuego en la selva y no veo a

mí alrededor sino rostros sombríos y fúnebres, ojos apagados y cierta dejadez en todos sus movimientos.
Rezo porque el día 5 encontremos tierra, pues si no la gente no va a ser fácil de parar.
Rezo por ello y porque Dios, si llega el momento, me dé fuerzas para obrar según requiera el momento, pues aunque no me considero hombre tibio de carácter, Isabel, tú lo sabes, no sé con cuantas lealtades, aparte de la de los hombres que conozco desde hace años, puedo contar.
No incluyo a Jerónimo y Francisco, porque sólo la duda ofende.
Y Jerónimo, por cierto, me ha confesado que andan los marinos muy agitados, por obra de Hernán Gallego, que no sé muy bien a qué juega, porque si ahora tiene motivos para desconfiar, como yo mismo hago, no lo niego, no los tenía cuando partimos de Lima.
Sin su trabajo contra Sarmiento y sus rutas, la gente estaría algo más tranquila, y yo no pasaría la mitad de las noches en vela esperando un motín.
Sólo Juan de Torres, el franciscano, anda pidiendo a todos paciencia, que Dios está con nosotros y si confiamos en él, todo habrá de salir bien.
Tenían razón aquellos que decían que si ha de embarcarse un religioso, que sea franciscano.

5 DE DICIEMBRE.
No hemos visto tierra y por la ruta seguida y el camino navegado ya deberíamos estar en ella.
Hoy hemos recibido instrucciones de la nao capitana aprovechando que casi se han juntado las dos naos:

virar hacia la ruta Noroeste, algo que Gallego llevaba diciendo los tres últimos días.
Es la primera vez que he visto sonreír al piloto mayor.
-Al fin el intrépido marinero se aviene a razones. El sobrino de don Lope ha sido iluminado por Dios. Sarmiento equivocó la ruta desde el principio. Por fin llegaremos a tierra.
He sentido unos enormes deseos de azotarle, pero si me indispongo con el piloto mayor, ¿qué puede ser de nosotros? Además, la orden, aunque pudiera ser maquinada por Gallego, ha llegado de Mendaña, general de la armada, y no tengo nada que decir.
Y puede ser que Sarmiento, aunque como cosmógrafo y geógrafo goza de buena reputación, se haya equivocado, porque aunque marinero experto, puede no serlo tanto como Gallego.
Qué se yo.
Aquí, en el mar, yo, maestre de campo y capitán de la capitana, soy preso de los marineros, pero todo cambiará cuando lleguemos a tierra.
Por la ruta nueva, mudada a media mañana, el viento no parece tan favorable; el viaje va a alargarse y parece que voy a tener que pensar en ir reduciendo las raciones.
Hay que tener cuidado para cuando dé la orden: la reacción puede ser impredecible.
Isabel, cada vez os hecho más de menos a ti y a Pedro. Jerónimo, también.

6 DE DICIEMBRE.
Nada nuevo: la misma ruta y parece que el viento no es ahora más favorable.
Siguen los rostros serios y las manos crispadas, pero todos obedecen.
No estoy dentro de sus corazones, quién pudiera, pero aunque no discuten, sé que están deseando volver: se sienten engañados, y ni la promesa del oro gusta cuando uno no sabe si volverá a ver su tierra y los rostros amados y conocidos que allí aguardan.

7 DE DICIEMBRE.
A media mañana, unas nubes bajas, en el horizonte, justo al frente, nos han hecho creer que llegábamos a tierra. Gallego no ha podido ocultar su alborozo:
-Se lo dije, señor, que esta nueva derrota nos iba a traer la ansiada tierra de Ofir. Allí está, quizás a unas veinte leguas. Dios siempre está con los marineros.
Con los marineros.
Ha querido decir con él y con los suyos, no con los demás.
En otros momentos, el hecho de que no me consideraran marino, me hubiera halagado, pero el desprecio que teñían las palabras de Gallego me ha provocado tal ira que he preferido recluirme en mi camarote para evitar un altercado con el piloto mayor, hombre al que Isabel, lo digo bien alto, desprecio con toda mi alma.
Dios no está con gente cuyo doblez espanta y cuyas blasfemias hacen sangrar el cielo.

El silencio que reinaba en la nao, por la tarde, es lo que me ha hecho salir del camarote en el que me había recluido desde que viéramos aquellas nubes bajas.
Nubes bajas que se habían disipado cuando estábamos a punto de alcanzarlas y que han mostrado todo su secreto. Y su secreto era ninguno.
Aunque la noticia no era grata no he podido dejar de alegrarme, y cuando me he cruzado con el serio rostro de Gallego he tenido que hacer un esfuerzo grande para no reírme.
Desde entonces el silencio reina en la almiranta.
Un silencio sólo roto por el rugido rítmico del mar y por el crujir de la madera, que hasta ella parece lamentarse.

8 DE DICIEMBRE. Misma ruta. Mismo resultado. Nada.
Sólo la inmensa mar océana.
Por la tarde, y por ser el día de Nuestra Señora, casi a horas de vísperas, Juan de Torres ha dicho misa, que yo, al menos, he escuchado con una devoción que no había sentido nunca.
Después hemos rezado una salve.
He escuchado a un marinero decir que Nuestra Señora, madre de todos nosotros, debía estar a otras tareas pues no nos ha servido la tierra.
He ordenado que se le azotase y advertido a todos que, a partir de ese momento, se acababan las blasfemias.

14 DE DICIEMBRE.
Casi una semana sin anotar nada porque nada hay que anotar.
Mar, mar y más mar.
A partir de mañana las raciones se van a acortar.

15 DE DICIEMBRE.
La mitad del agua se nos ha podrido, igual que el pescado.
La carne hace ya tiempo que se nos echó a perder; cuando he dicho a los hombres que sólo medio cuartillo de agua en la comida y en la cena, un trozo de mazamorra y unas almendras para cada uno de ellos, excepto para los enfermos, no han dicho nada, han aceptado sin rechistar.
Cada día que pasa me sorprende la condición humana: yo preveía algún intento de revuelta, hasta el punto de que cuando los he reunido, me encontraba escoltado por Enríquez y mi hijo Jerónimo, por si había que echar mano de la espada.
Pero no ha sido así.
Es como si asumieran su destino, fatal o no, y no dieran importancia a nada.
De todas formas, saben que es tarde para dar la vuelta: el regreso no les garantizaría la supervivencia.
Así que supongo que cada uno, como hago yo, Isabel, reza con humildad para que la Providencia no nos abandone.
Aunque no descarto que muchos de ellos en realidad a quien se estén encomendando sea al mismísimo Satanás.

16 DE DICIEMBRE.
Hernán Gallego me ha contado el asunto del Santo Oficio.
Parece que el obispo de Guadalajara ha abierto un proceso contra Pedro Sarmiento por unos anillos y abalorios que cuentan que nuestro cosmógrafo ha vendido como proveedores de fortuna.
Me ha hecho pensar.
Puede que Sarmiento no sea un ejemplo de piedad, pero don Lope ha confiado en él.
Y antes que don Lope, el conde de Nieva, el virrey de la muerte oscura.
Puede que no sea un hombre pío, pero es el único, en esta armada, que sabe.
Sólo él puede salvarnos pues la derrota descrita por Gallego no deja de estar equivocada: no sólo no se ve tierra, sino que los vientos cada vez se acuerdan menos de nosotros.
Y Francisco Jiménez me ha dicho que ya hay marineros que desconfían del rumbo de Gallego; así son las cosas: hoy salvas, mañana condenas.
El hombre muda más rápido de parecer que las serpientes de pellejo.
Si don Lope confía en Sarmiento, quien esto escribe confía en Sarmiento, y si no, que venga aquí el obispo de Guadalajara a marcarnos la derrota correcta.

17 DE DICIEMBRE.
La paz no debe ser tripulante de la capitana, pues en menos de dos horas nos han dado órdenes contradictorias: la primera, al alba, nos dictaba que

virásemos de nuevo al Suroeste, y así lo hemos hecho, pese a la desgana de Gallego en dar las instrucciones a la tripulación: la segunda, que mudáramos de nuevo al Noroeste, como estos últimos días, resolución que tampoco ha gustado a Gallego.
-Sin hombres de mar al mando, en el fondo hemos de acabar antes del nuevo año.
Si bien no niego mis deseos de fulminar a este hombre en cuanto pueda, he de reconocer que tanto vaivén en las órdenes produce más cansancio que el propio navegar.
Se diría que más que navegar, los navíos bailan.

18 DE DICIEMBRE.
Navegar a un lado y al otro, prácticamente volviendo una y otra vez sobre la misma ruta, sólo que unas cuantas leguas más allá, y así, con una ruta que sobre la carta parece una culebra, hemos de dar con las tierras que andamos buscando.
Hemos recorrido ya más de 1.300 leguas, con lo que, si alguna tierra habíamos de ver, ha debido quedar atrás.
O fue tragada por las olas antes de que llegáramos. Gracias a Dios, no hemos topado con ninguna tormenta, porque con lo fatigados que van hombres y navíos, ya estaríamos haciendo compañía a los peces.
Y tal es la dejadez de la tripulación que he tenido que requisar todos los juegos de naipes y dados, pues sólo ponen ardor en el juego, como si quisieran probar todas las variantes de perder las pestañas antes de entregar su alma al Creador: las tablas de Borgoña, la primera de Alemania, el alquerque inglés, el pasar genovés, el flux catalán, la figurilla gallega, el triunfo francés, la calabrida

morisca, la ganapierde romana y el tres y as boloñés, no hay juego en el que estos marineros sean más astutos que el mismísimo Ulises.
Como el juego es el padre de las riñas, y como les sorbe el seso hasta el punto de hacer sus tareas a toda prisa para volver a -jugar, he decidido quitarles las cartas y los dados y devolvérselos cuando lleguemos a tierra, pese a que he visto a Satanás en sus ojos.
No me importa.
Si no debo volver, Isabel, tanto da ahogado que acuchillado por la espalda.
Pero el capitán lo es por algo.
Si he dicho que el juego es el padre de las peleas he de añadir que la madre es la chicha, ese licor funesto que parece quemarles el alma.
Pero la chicha va la prohibí cuando embarcarnos.
Tras de nosotros, a últimas horas de la tarde han aparecido nubes tan negras como los cimarrones de Panamá, lo que hizo preocuparnos a todos.
Pero no siguieron nuestro rumbo.

20 DE DICIEMBRE.
¿Hasta qué punto un capitán ha de seguir órdenes que pueden perder a sus hombres sin ningún beneficio a cambio?
Es una pregunta que me ha estado rondando todo el día. Una pregunta que me hizo, durante la comida el alférez Enríquez, hombre que me desconcierta, pues alterna momentos de claro juicio con otros de necedad insultante.
Pero todos podemos ser sabios y necios a la vez. ¿No?

Si el capitán no tiene razones para discernir si las órdenes son correctas o no, ¿cómo hacerlo?
Yo no soy hombre de mar, por más que sea capitán de la capitana, Isabel, ¿cómo saber, entonces, a quién asiste la razón en esto de los rumbos, si a Sarmiento o si a Gallego`?
Quizás tenga razón Enríquez cuando dice que si se duda, hay que acudir a lo más alto.
Pero en esta armada, lo más alto no está embarcado. Seguimos navegando en eses.
Conseguiremos que almadie el mar.

21 DE DICIEMBRE.
Nada que reseñar, salvo que mañana trataremos de hacer entrar en razón a Mendaña.
Nada menos.

22 DE DICIEMBRE.-
Mendaña no ha atendido nuestros ruegos.
Por señas hemos hecho saber que no nos parecía buena la derrota que habíamos tomado, que navegar el mar a un lado y a otro, no hacía sino cansarnos, que, en caso de duda, quizá podría intentarse dar la vuelta.
Se nos ha dicho que sólo con esta ruta podemos evitar dejar cualquier tierra a un lado, que una cuarta de más o menos sobre la carta supone desviarse muchas leguas: la derrota actual permite no dejar ni un palmo de esta arte del Mar del Sur sin surcar, con lo que la tierra acabará por aparecer.

Hemos contestado que sí, que puede ser, que los navíos pueden llegar u tierra pero que puede que nuestros ojos pueden no verlo, porque no se sabe a ciencia cierta la verdadera magnitud del Mar del Sur.
Hemos apelado a lo que don Lope dijo a nuestra salida: en cuestión de derrotas, lo que diga Sarmiento.
Nos han respondido que Sarmiento también está de acuerdo con esta disposición, pero ni yo, ni muchos otros, hemos creído eso.
Seguimos dando vueltas.

23 DE DICIEMBRE
Ha empezado.
Tenemos a tres hombres con fiebre y a dos más les está empezando a crecer la carne sobre los dientes.
La enfermedad ha pagado ya su pasaje y navega con nosotros, y Juan de Torres no se separa de los enfermos. Franciscanos a bordo, la única buena noticia.

24 DE DICIEMBRE
Por ser la fecha que es, toda la gente de la capitana está como sonámbula.
Al mediodía. Juan de Torres ha dicho misa, que se ha escuchado con profundo respeto, hasta los más blasfemos entre los más blasfemos; pero bien por devoción, bien por ganarse el favor del cielo, todo el mundo ha seguido el oficio con un recogimiento que aquí, en medio de este universo de agua, estremece de veras.

Isabel: tu imagen no se ha separado de mí en todo el día. Por ser la fecha que es, he ordenado doblar la ración a todo el mundo, pero casi nadie ha comido.

25 DE DICIEMBRE.
Día de enorme devoción.
Es como si una rara paz se hubiera apoderado de todos nosotros: o es que ya aceptamos el final, o es que éste es día en que nadie puede pensar en penalidades, pero lo cierto es que la gente, dentro de lo que se lo permiten sus fuerzas, ha trabajado con diligencia.
Ha habido misa, rosario y salve, y se ha pedido por nuestra suerte, por la salud de nuestros enfermos y por la de nuestras familias en América, por el rey Felipe II y por nuestros enemigos, que son los de Cristo.
Por ser ésta fecha tan señalada, el día ha sido el más claro que recuerdo, Isabel, desde que partimos de Lima, hace ya una eternidad.
Ahora, cuando apuro estas líneas, la Cruz del Sur nos reprocha a todos toda nuestra insignificancia.
Isabel, mi señora, no lamento morir, sólo hacerlo sin volverte a ver.

29 DE DICIEMBRE.
Si volvernos, habrá que señalar este día como uno de los más grandes de esta armada: Mendaña ha ordenado tomar de nuevo, y de manera constante, la derrota del Suroeste, la que se fijó cuando se partió de Lima, la que Sarmiento confirma corno correcta.

No sé qué extraña luz habrá iluminado al almirante, pero lo cierto es que poco antes de que las gargantas de los hombres se pelearan con la mazamorra, cuyo olor es ya insoportable, hemos recibido el claro mensaje: derrota del Suroeste hasta que se llegue a los dieciséis grados al Sur de la Equinoccial.
Los hay que han gritado de alegría.
No Gallego, desde luego, que ha estado hablando largo rato con Juan de Torres.
De todas maneras, no creo que el franciscano sea hombre de espíritu débil: las intrigas del piloto mayor, con el que ya casi no tengo 1a menor relación, no habrán influido en él.
Y pese a que durante todo este día no hemos visto ningún signo de tierra, ni tan siquiera alguna nube baja que nos hubiera dado esperanzas durante unas horas, el buen humor reina entre los hombres.
Incluso Jerónimo, que ha andado durante todos estos días, muy callado, se ha mostrado dicharachero con los soldados.
Dos marineros se han peleado, creo que porque uno de ellos le ha tirado el cuartillo de agua al otro, y he ordenado que fueran azotados.
No quiero que nadie se aproveche de la débil paz que nos ocupa para olvidarse la disciplina.
He tenido la noche anterior, un sueño: llegábamos a una isla, despoblada y la llamábamos Santa Isabel.

1568. 1 DE ENERO
Hemos podido estrenar el año nuevo con una desgracia: uno de nuestros hombres ha caído al mar y a punto hemos estado de perderlo.

Andaba el mar algo envalentonado y una enorme ola lo ha arrebatado de la gavia, en dónde este marinero, que luego he sabido que se llama Guzmán, estaba encaramado, pero, entre que el hecho ha sucedido de día y que lo hemos visto mucho, hemos podido echarle un cabo, que ha alcanzado porque ha tenido muy buena disposición y ánimo.
Buena parte de sus compañeros le han mostrado su extrañeza por el suceso, pues hombre experto y no se explicaban cómo un golpe de mar en realidad leve ha podido dar con él en el agua.
-Ha sido la debilidad. Se me han cegado los ojos y he perdido el equilibrio.
Eso es lo que ha dicho.
-De haber tenido unos cuantos vasos de chicha encima, no hubieras perdido el equilibrio.
Y todos han reído.
Yo, cuando escribo esto, Isabel, también, pues tan necesitado estoy, como todos, de ello.
Muchos de los aquí embarcados han entendido que el hecho de que Guzmán haya salvado la vida es un buen presagio.
Pero si de presagios se trata, aún ha habido otro: a la hora de vísperas, y trazando la ruta que llevamos, hemos visto una estrella fugaz, que para los marineros es señal de buena suerte, al menos así me lo ha referido Matías Pineto, que de nuestros soldados es el que mejor relación tiene con la marinería, porque es amigo de un par de marineros, a los que conoce de muchas noches de chicha y pirujas en Lima. Pero eso es todo: muchos presagios y poca tierra.

Y mucha, mucha fatiga.

3 DE ENERO.
Durante los dos días siguientes a mi última anotación hemos tenido muy bien viento.
-Una de dos: o Dios nos lleva definitivamente a nuestro destino, o el Diablo quiere ya, sin más demora, nuestras almas. Sea quien sea quien envía este viento, en verdad que tiene prisa.

4 DE ENERO.
Buen viento.
Mar serena.
Pero tengo ya a siete hombres enfermos y al resto, incluido, yo, muy débiles.
¿Estamos destinados a perecer en este eterno mar?
Sí es así ruego, Isabel, que Dios, o el Diablo, envíe ya de una vez por todas esa tormenta que acabe con nosotros y ponga ya fin a tanta penalidad, porque a veces me siento flaquear, la vista se me nubla, y mientras escribo esto, tengo que hacer esfuerzos enormes para poder sujetar la pluma. No debí dejarme embarcar.

5 DE ENERO.
He hablado con Juan de Torres durante largo tiempo y me ha dicho que de la misma manera que Nuestro Señor Jesucristo tuvo que ayunar durante cuarenta días en el desierto, soportando todas las tentaciones del demonio, nosotros también debemos penar si queremos

llegar a nuestro destino, el cual, para él, es bastante distinto al nuestro, porque él marcha a Ofir, o a las Salomón, como se quiera llamar la tierra que ansiamos y se nos niega, a salvar almas, y no en busca de riquezas para nuestra fortuna y la gloria de España y su rey don Felipe.
Me ha referido también que él no teme a la muerte, que tarea de buen cristiano es la de estar en todo momento preparado para ese momento, que no es sino la puerta para la vida eterna, y que los que la temen es porque no tienen su alma a bien con Dios.
Me he confesado después de hablar con él, y he sugerido a todos los hombres que me he encontrado que hagan lo mismo.
Conviene estar preparado, Isabel, conviene estar preparado.

6 DE ENERO.
Desde la capitana, aprovechando que estaban los dos navíos casi juntos, nos han dicho, más por señas que por voces, que según la ruta de Sarmiento, si la tierra que hemos estado buscando no ha quedado atrás, debemos estar a no más de tres días, a lo sumo cinco, de la Nueva Guinea, en donde podremos descansar y reponernos de tan extraño viaje, porque o este mar es infinito o lo hemos recorrido de cabo a rabo, porque no se entiende no haber encontrado ya ni el más triste de los islotes.
En la Nueva Guinea, dice Sarmiento, podríamos estar un par de meses para, después de reparar naves, cuerpos y almas, corregir los rumbos y llegar, de una vez por todas, a Ofir.

Y la Cruz del Sur, arriba, como riéndose de nuestros desvelos, Isabel.

9 DE ENERO.

Otros dos hombres malos: yo ya no tengo ni ganas de comer, pues en todo el día lo único que he hecho es tomar los dos cuartillos de agua que me corresponden, por más que Jerónimo, hijo del que podrías sentirte muy orgullosa, Isabel, insiste en que algo he de comer, por mala e insípida que esté la Eziazamorra, o por duras y rancias que estén las almendras.

-Es alimento, padre, algún bien le hace.

Pero no creo que mis dientes, que ya casi no se soportan entre ellos, puedan decir lo mismo.

Ya tengo la barba casi más blanca que negra, y hasta dar órdenes me cuesta esfuerzo, pero no puedo dejar que los hombres me vean flaquear, porque entonces cualquier cosa puede pasar.

Aunque parece que la promesa de la Nueva Guinea tiene a todos los hombres esperanzados.

A mí no, Isabel. A mí no.

He conocido trucos similares para mantener la moral de la gente, y tarde o temprano se acaban pagando.

La mentira siempre paga. Siempre.

11 DE ENERO.

Día de espanto.

No nos hemos movido casi del sitio, pues el viento, alado y furioso amigo en los días anteriores, desde que

se tomara el rumbo Suroeste de nuevo, ha decidido abandonarnos.
Habrá marchado en busca de aventuras de más provecho, porque a nosotros nos da ya por condenados.
Yo no encuentro otra explicación.
Los marineros están aterrorizados, porque en el mar, la calma es más mortal que la tormenta, y los he visto deambular por cubierta, con los ojos que miraban pero no veían; es esa mirada vacía que tienen los que ya malgastan sus últimos estertores.
Es la mirada de los que van a morir.

14 DE ENERO.
Hoy, tres días después de la última anotación, tomo la pluma para decir que llevo ya tres días postrado en la cama y que noto como la vida se me va.
Por si no puedo decir nada más, y esto, por el cauce que fuera te llegara, he decirte Isabel, que te quiero.

15 DE ENERO.
Dios Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra, y su único hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y su madre, la Virgen María, concebida sin pecado, y todos los ángeles, y todos los santos, han estado con nosotros, y debe ser verdad eso que dicen que el Señor no abandona a sus marineros, porque ayer, quince de enero, cuando ya me sentía morir, recibí, en compañía de mi hijo Jerónimo, de Francisco Jiménez Rico y del alférez Enríquez, la noticia tan anhelada: tierra.
Al fin, tierra.

Tal y como prometió Pedro Sarmiento.
A vísperas, desde la gavia de nuestra nao, el marinero Juan Trejo, tarifeño, rufián de los mas gallitos, vio casi al frente la línea clara de costa de algo que hoy hemos sabido que no era la Nueva Guinea, sino una pequeña isla, muy baja, pero poblada.
Es difícil que esta torpe pluma sea capaz de describir la alegría grande que se apoderó de todos nosotros; sólo puedo decir que, afuera, todo el mundo gritaba y lloraba y daba gracias al cielo, y que incluso yo, que me preparaba para lo peor, noté cómo nuevas fuerzas se apoderaban de mí y, ayudado por Jerónimo y por Enríquez, me he acercado hasta el puente para ver el perfil salvador de la costa.
Todos se abrazaban en cubierta.
Y hasta Hernán Gallego sonreía, que una cosa es rivalizar con Sarmiento y otra muy distinta ver la tierra que ha de salvarnos de una muerte que no porque se demorara era menos segura.
Juan de Torres se arrodilló y rezó una salve, que todos repetirnos con él con gran devoción y con lágrimas en los ojos.
Lloré como un niño, aunque ahora me dé vergüenza decirlo, Isabel, pero sobre todo porque esa isla, tan lejana, en realidad, me acercaba más a ti.
Después cantamos el Te Deum Laudamus.
Cuando estuvimos cerca de la isla, era ya noche cerrada, por eso no pudo apreciarse bien si era grande o pequeña, baja o alta, y si estaba poblada o no.
Se arriaron velas v se echaron las anclas.
Poco después, llegó desde la capitana, una chalupa con varios soldados y marineros para decirnos que al día

siguiente, con el alba, se iría a tierra para hacer la aguada y coger cocos, que nos harían mucho bien.
Permitió Mendaña que, dada mi debilidad, no fuera yo quien bajara a tierra al mando de los soldados para buscar agua y comida y ver si la tierra era, en verdad, la Nueva Guinea.
Y que no lo era se ha comprobado hoy, al amanecer, pues desde los dos navíos, como el día era claro, se vio que se trataba de una isla pequeña, que no tendrá más de seis leguas de box, y antes de que pudiera yo ordenar, todavía sentado en el puente, pues la debilidad seguía siendo mucha, qué hombres bajarían a tierra, vimos cómo se acercaron cuatro canaluchos llenos de indios, que no mostraron ningún temor ante barcos tan grandes.
Varias veces rodearon el barco en silencio y, poco antes de retornar a la isla, empezaron a hacernos señas de que fuéramos con ellos allá.
Van todos casi desnudos, pues sólo unas pequeñas faldas de hojas de palmera secas les cubren, tienen la piel muy negra, y el pelo muy rizado, y muchos de ellos de color claro, hecho que nos ha chocado mucho a todos nosotros.
Luego hemos podido ver cómo, desde la orilla nos han hecho señas para que fuéramos con ellos, pero pronto se han cansado e ido.
Al instante empezó a llover.
Y aquí la lluvia es tan fuerte, tan violenta y tan constante, que casi podría decirse que es infinita.
Por la tarde han llegado nuestros hombres con la primera aguada y con un abundante cargamento de cocos; y nos dijeron que ningún indio se ha acercado hasta donde han estado ellos, aunque no se han alejado

mucho de la playa porque allí cerca se encuentra un arroyo con un agua clara y fresca, y que los cocos están por el suelo, por lo que no han tenido que subir a las palmeras.
Han contado que Sarmiento dice que es una de las islas que deben preceder a la Nueva Guinea, pero que no está señalada en las cartas, por lo que ha sido descubierta por nosotros, y que por haber pasado la Navidad embarcados, Mendaña ha decidido llamarla isla de Jesús.
Tampoco se considera que sea una de las islas Salomón, por lo que hay que continuar el viaje enseguida, pues si se vira algo más hacia el Suroeste, la armada encontrará, por fin, las islas de Ofir, que no están ya muy lejanas, a no más de dos días.
Se ha decidido, pues, hacer más aguadas Ni llevar a los navíos todos los cocos que se puedan y, caída la noche, y siempre bajo ese telón de agua que es en estas latitudes la lluvia, las naos ya se han llenado de todo lo necesario para aguantar, al menos, dos semanas de travesía, junto con nuestra mazamorra y nuestras almendras.
Han traído algunas plantas que no conocernos, excepto una, que parece jengibre.
Marcharemos mañana.
No hemos vuelto a tener noticia de los naturales de esta isla de Jesús, pero no me parece lo mejor partir con tanta prisa, por muy cerca que esté la Nueva Guinea, las islas Salomón o la mismísima Lima.
Pero como Sarmiento, al final, Isabel, no se ha equivocado, no tiene por qué hacerlo ahora.

Me han dicho que estamos a 1450 leguas de Lima, pero yo hoy, Isabel, me siento más cerca de ti y de Pedro que nunca.
Sigo Vivo.
Y seguiré vivo.

17 DE ENERO.
El abastecimiento de la capitana no ha sido tan diligente como el de la nuestra, porque parece que en ella van más hombres enfermos, por lo que no se ha zarpado al amanecer, tal y como se estaba previsto.
Y con las primeras luces de la aurora, que en esta isla ha mostrado unos colores nunca vistos, han vuelto los indios. Esta vez eran más canaluchos, y en ellos iban sólo hombres, lo que en principio hemos supuesto como señal de clara hostilidad, y más cuando han comenzado a gritar como poseídos y a agitar una especie de macanas que parecen ser su única arma.
Pero poco después se han callado y han comenzado a señalar a uno de ellos, emplumado como un pavo y con muchos colgantes.
Hemos entendido que era su jefe, al que señalaban mientras gritaban:
-Tauriqui, tauriqui.
Una palabra que se piensa que significa jefe, o capitán.
Desde la capitana han señalado todos a Mendaña y han gritado también:
-Tauriqui, tauriqui.
Y han dejado de chillar.
Un par de marineros se han lanzado al agua y han empezado a nadar entre ellos, mientras yo daba orden a los artilleros de que cargaran los arcabuces, por si los atacaban, pero ellos lo han subido a sus canaluchos y

los han empezado a tocar con ojos perplejos, y señalaban especialmente la barba de los marineros.
Hemos subido a uno de los indios, que son de mediana estatura y negros como la noche, de grandes y fuertes dientes y gran cabellera rizada, y le hemos dado a probar un poco de vino en una copa de plata; ha bebido con deleite, ha cogido la copa y se ha tirado con ella al agua.
No hemos tenido más remedio que reír, y Alonso Cabezas, uno de los soldados, ha dicho:
-Cristianos, moros, judíos, negros o indios... El vino iguala a todos.
Y hemos vuelto a reír.
Poco después los indios se han marchado a la playa haciendo señas, de nuevo, para que marcháramos con ellos, pero se ha zarpado a media tarde, cuando la capitana ha sido abastecida del todo.
Hemos cenado coco, que en esta isla es sabrosísimo, y todos viajamos ya con muy buen ánimo.
Al poco de dejar la isla de Jesús, la lluvia, que se había convertido en nuestra impertinente compañera, nos ha dejado. Seguimos con la ruta del Suroeste, una cuarta hacia el Sur, dejando la línea Equinoccial, por tanto, a mayor velocidad.
Buen viento. Mar serena.

18 DE ENERO.
Poco más que reseñar, salvo que, a mediodía, hacia el este, nos ha parecido ver una ballena, y eso es señal de que no debe haber cerca ninguna tierra.
Sigue el buen viento y la mar se muestra amiga.

19 DE ENERO.
Algunos de los hombres que tenemos enfermos parecen mejorar, y dice Juan de Torres, el franciscano, que los cocos frescos y el agua sana, que ahora abunda, están obrando el milagro; y yo le he respondido:
-Eso y que Dios parece estar ya con nosotros. Dos meses, Isabel, desde que partimos de Lima.
Y en dos meses hemos triunfado, muerto y resucitado, así de mudable es la Fortuna.
El viento casi nos hace volar sobre las aguas.

2O DE ENERO.
Poco después del amanecer hemos visto, hacia Levante, nubes bajas, que hemos creído que eran señales de tierra, pero estaban tan lejanas y nos desviaban tanto de la ruta que no hemos ido a ella.
Gallego sigue callado, parece que el haber encontrado la isla de Jesús le ha demostrado su error, y no parece hombre al que le guste decir que ha errado.
Pero así ha sido.
Yo, Isabel, me encuentro recuperado, aunque a veces siento un temblor en las manos que es un viejo regalo de la debilidad que casi me lleva a la muerte.
A veces lamento que Pedro no esté con nosotros para disfrutar de la luz que baña a este Mar del Sur, que parece que es aquí donde Dios decidió que naciera.

21 DE ENERO.
De nuevo ha brotado la impaciencia entre buena parte de los marineros, pues hoy deberíamos haber llegado ya

a nuevas islas, las que preceden a la Nueva Guinea, pero no ha sido así.
No se le puede echar la culpa al viento, porque él ha sido nuestro más fiel aliado.
He tranquilizado a mis subordinados diciéndoles que cuando se ha hecho caso de los rumbos marcados por Sarmiento, hemos visto tierra, y que por tanto no ha razón alguna para desconfiar; y les he dicho, además, que aunque el cosmógrafo es un marinero experto, que por algo don Lope García de Castro medió por él ante el Santo Oficio, se basa en informaciones muy antiguas, que aunque correctas, pueden no ser del todo precisas.
Y por si eso no era bastante, siempre había posibilidad, si las provisiones escasearan, de volver hacia la isla de Jesús, para abastecerse y volver a Lima.
Parece que he conseguido tranquilizarles.
Pero Gallego sigue teniendo mucho ascendiente entre los suyos, que ya empiezan a mirar de lado.
Habrá que tener firme la mano de nuevo.

24 DE ENERO.
Con las nuevas fuerzas y la ausencia de tierra han vuelto las riñas, como es de ley al talante bravucón de los marineros, así que hoy he tenido que dar castigo a uno de estos rufianes, que amenazó con un cuchillo a uno de mis soldados.
Le he dejado doce horas atado al palo mayor, para que se calmara.

No hacía más que pedir agua y he prohibido que se la dieran.
Casi a medianoche he mandado que fuera desatado y se le diera de comer y beber.
Sé que este tipo de acciones no hacen sino enemistarme más con Gallego y su recua de golfos, pero la disciplina no entiende de piedades.

27 DE ENERO.
Con el viento que ha soplado y lo que hemos debido de navegar casi no sería extraño que la nueva tierra que viéramos fuera la del cabo de Buena Esperanza, pero este Mar del Sur es más extenso que cuanto han podido imaginar todos los geógrafos, incluido el propio Sarmiento.
Hemos navegado más de mil seiscientas leguas, pero hay que tener en cuenta que antes de que viéramos la isla de Jesús, doce días atrás, hemos estado surcando la mar a una parte y otra, con lo que hay que descontar, por lo menos, trescientas leguas.
Pero no puedo por menos que sentir impaciencia yo también.
Y no tengo ya casi argumentos para apaciguar las sospechas que se han apoderado de todos, incluidos mi propio hijo Jerónimo y mi paisano Francisco Jiménez Rico.
Eso sin contar con las continuas conspiraciones de Gallego, de quien Enríquez me ha informado que, nada más tocarse la próxima isla o continente tiene intenciones de exponerle todas sus quejas y dudas a Álvaro de Mendaña.
He ido a hablar con él y se lo he prohibido de manera enérgica.

El sólo ha sonreído
Como sonríe el lobo que sabe que la presa no puede huir. Se muestra muy seguro de sí.

29 DE ENERO.
Dos días sin ninguna novedad: ni tierra, ni nubes bajas, ni ballenas, ni riñas, ni conspiraciones.
Sólo tu recuerdo, Isabel.

30 DE ENERO.
Esta mañana, de manera brusca, el tiempo ha cambiado, y cuando escribo esto, todavía lo hago, Isabel, en medio de un mar ofuscado; esta tarde, hemos visto olas enormes, que se diría que se alzan sobre los cielos para engullirlos.
Todos hemos temido por nuestras vidas, y hemos rezado, aunque he de decir, porque no quiero salirme un punto de la verdad, que los marineros han trabajado con ardor, porque en ocasiones el viento era tan fuerte, que pensábamos que se nos venía abajo toda la arboladura del navío.
Y el primero en trabajar ha sido Juan de Torres, el franciscano, cuya silueta, recortada por los truenos que castigan con fiereza la inmensidad de este Mar del Sur, me ha parecido la más gallarda y valiente que jamás he visto; y eso que he conocido a hombres notables, como Hernán Santillán, o el mismísimo Hernández Girón, que no por su ruindad y deslealtad he de negarle su valentía.
Cuando la tormenta ha arreciado, a eso del ocaso, la madera crujía de tal manera que parecía que se iba a descuartizar el barco; y ha entrado tanta agua que, por

unos momentos, no andábamos sobre cubierta, sino que nadábamos; y algunos hombres se asían a los cabos, colgando de los palos, y eran volteados por el aire como peleles, que temíamos que fueran a caer al mar, de donde nos hubiera sido imposible rescatarlos.
Ya a medianoche, los cielos nos han dado algo de tregua, aunque el viento sigue siendo fuerte y navegamos con marejada.
Juan de Torres ha rezado una salve. Y todos con él.
Era lo único que no habíamos tenido hasta el momento: ciclones, pero te juro, Isabel, que me hubiera gustado no conocerlos.
Jamás he visto tormentas como las de estas latitudes.
Y eso que en Panamá, cuando el cielo ruge, parece escucharse la mismísima risa del diablo.

31 DE ENERO.
Mar caprichosa y a veces enfadada, como si estuviera harta de llevarnos sobre su lomo, pero, por fortuna, no tan furiosa como ayer.
El viento ha sido también fuerte, pero los hombres no han tenido que dejarse el alma para garantizar el buen gobierno del barco.
La nao capitana, mucho más grande y pesada, no parece haber sufrido tanto como la nuestra, en la que se han soltado cabos y palos, y algunas velas se han rajado.
Eso nos hace ir más lentos que la capitana, que a lo largo del día ha sido un leve punto sobre el horizonte, pero Gallego confía en que se den cuenta de que la

distancia que nos separa es demasiada y poco aconsejable y decidan arriar velas y esperarnos.
Los hombres están muy fatigados y Gallego me ha pedido reducir la guardia y los turnos para que descansen más. He accedido, Isabel, porque me ha parecido una medida sensata, aunque no les habrá parecido lo mismo a los que hayan tenido que pasar la noche en vela.
Pero mañana descansarán ellos.

1 DE FEBRERO.
A mediodía de hoy las dos naos casi se han juntado, y han podido hacernos señas para preguntarnos cómo habíamos salido de la tormenta.
Tras contestarles que mejor por la ayuda de Dios que por el esfuerzo humano, pese a que éste fue grande, nos han recomendado que andemos con ojo, pues parece que en estas latitudes ha llegado la época de los ciclones, que aquí llaman tifones, y que son tan violentos que parecen que van a enviar los navíos hacia la luna.
Nos hemos dado por enterados, aunque maldita la gracia que nos ha hecho.

2 DE FEBRERO.
Si digo Isabel, que hoy hemos visto tierra pero que hubiera preferido no verla, no debes pensar que tanta navegación me ha hecho perder el juicio.
Y es que ambas naos han estado a punto de perderse en los arrecifes de los bajos con los que nos hemos topado hoy.

A primeras horas de la tarde, desde la capitana, se dio el grito de tierra hacia el lado de Poniente, a no más de media legua: se trataba de unos bajos, hacia los que, por estar tan cerca, se ha puesto proa, por ver si detrás de ellos había más tierra.
Y cuando estábamos muy cerca de ellos, el viento ha empezado a soplar con tanta violencia a nuestras espaldas que diría que no tocábamos el agua, que volábamos hacia los bajos.
Las dos naos iban sin remedio hacia los bajos, y hemos llegado a ver, las afiladas peñas que los guarnecían, como si el Mar del Sur, por fin, hubiera decidido enseñarnos los dientes, y por más esfuerzos que hemos hecho todos para tratar de desviar los navíos, todo era inútil, y mientras se trabajaba se gemía, se sollozaba, se rezaba, se maldecía y se blasfemaba.
Más de pronto, el viento ha cambiado de dirección con tal fuerza, que creíamos que se volcaban las dos naos, pero, por fortuna, ambas han podido mantener el horizonte y ese terral las ha empujado á mar abierto, fuera de esa Caribdis donde he creído oír, de nuevo, la risa del Diablo.
Hemos abandonado rápido esos bajos, llamados de la Candelaria, por haber sido vistos en el día en que se celebra esta fiesta, que así lo ha dispuesto Mendaña, nos han dicho desde la capitana cuando ambos navíos se han juntado lo suficiente como para hablarnos a gritos, sin necesidad de ninguna seña.

3 DE FEBRERO.
El viento y el mar descansan. Gracias a Dios.
Ha sido tanta la fatiga de los últimos días, y tan mal nos hemos visto, que todos los hombres de la almiranta están todavía recuperando el aliento y tentándose la ropa.
Por eso no ha habido lugar a la impaciencia por la esquivez de la tierra.

6 DE FEBRERO.
El olvido es audaz en los hombres y más cuando se pretende, por eso, una vez que parece que el peligro ha pasado, llevamos tres días de trabajo forzado, con malos modos por parte de todos, y la furia que acecha en cada rincón.
Pero esta tarde, al frente, se han visto nubes bajas, con lo que puede haber tierra, pero estaba lejos y se nos echaría la noche encima antes de llegar a ella, si es que de verdad está allí; por eso ha decidido nuestro piloto mayor, como también han hecho en la almiranta, arriar velas, para que los barcos casi no avancen, no fuera que hubiera más bajos de por medio y no los viéramos, con lo que acabaríamos sin remedio como alimento de peces y demás seres que habitan este Mar del Sur.
Por fortuna, no hay mucho viento, por lo que mañana amaneceremos casi en el mismo lugar.

7 DE FEBRERO.
A1 amanecer se han largado velas, y cuando la luz austral ha iniciado el esplendor de su reinado, hemos comprobado que las nubes se habían disipado un poco y nos han mostrado, de manera clara, la cima afilada de

un monte, que ha encendido nuestros corazones de júbilo.
Con retraso, pero tierra, por la ruta trazada por Sarmiento. No puedo consignar cual ha sido la reacción de Gallego, porque desde la almiranta nos han hecho señas ordenándonos que enfiláramos la proa hacia la costa porque parecía lejana y había que intentar llegar antes de que oscureciera, ya que el viento no era muy favorable, con lo que las órdenes y los trabajos se han multiplicado y hemos estado todos atareados hasta bien entrada la tarde, que es cuando nos hemos acercado a la tierra, cuyo box no hemos podido certificar, con lo que si es isla, es muy grande, aunque todos nos inclinamos porque es continente, la Nueva Guinea, con toda probabilidad, pues no puede ser otra cosa.
Y que hemos debido llegar a tierra buena se deduce de dos hechos: el viento es suave, con lo que si hay bajos, no hay peligro de precipitamos sobre ellos, y además, ya anochecido, y sin saber qué rumbo tomar en busca de un puerto abrigado, ha aparecido. una estrella fugaz que ha recorrido el cielo hacia el Este, y al instante se nos ha ordenado que echásemos anclas y que mañana por la mañana, en cuanto amanezca, sigamos la ruta trazada por el astro, porque allí debe haber alguna bahía, ya que nadie duda de que la aparición de dicha estrella no es sino una señal de Dios, que una vez más dispuesto a ayudarnos, la ha enviado para que sepamos dónde encontrar una bahía, pues por la parte por la qué hemos llegado no hemos visto nada más que escarpados acantilados, de roca gris y afilada, y una selva que, desde aquí, a un cuarto de milla de la costa, se nos presenta impenetrable y hostil.

No han aparecido indios, pero es imposible que esta tierra, tan distinta de la isla de Jesús, tan baja y sólo poblada de palmeras de cocos, esté deshabitada.
Pero mañana se sabrá más.
Isabel: seguimos vivos, cada vez más, pues las pruebas a las que la Providencia nos ha sometido han sido a cada día más duras y sin embargo henos aquí, lamentado sólo una muerte y varias enfermedades y con la tierra a la vista.
Antes de cenar hemos rezado, guiados por fray Juan de Torres, una salve y un padrenuestro, y hemos cantado el Te Deum Laudamus.
He visto a Gallego, en ambos oficios, mover la boca, pero puedo jurar que no salía ninguna voz de su garganta.
He ordenado doblar la guardia, pues nunca se sabe.

8 DE FEBRERO.
Hoy escribo esto en tierra, Isabel.
Y durante otros tres días así debe ser. Pero iré por partes.
Antes del amanecer, una chalupa nos ha recogido a mí y a Enríquez para llevarnos a la capitana, a la que llegamos casi remando a tientas, pues era tan espesa la lluvia que caía que no se veía nada.
Una vez en la capitana, Mendaña nos ha recibido junto a Sarmiento, quien a su gesto hosco de por sí y talante poco alborotado, unía un silencio que me ha hace pensar que la guerra entre él y su almirante no muestra signos de menguar.
-Don Pedro: más tarde buscaremos un puerto abrigado y usted saltará a tierra con treinta hombres, los que más

confianza despierten en usted, porque hemos de saber lo antes posible qué es esta tierra, porque Sarmiento sostiene que ha de ser la costa de la Nueva Guinea, pero eso es algo que debemos comprobar.
Esas son las instrucciones que me ha dado Mendaña, que me ha dado cuatro días para ir y volver con noticias con las que podamos hacernos una composición exacta sobre la tierra a la que hemos arribado.
Hemos vuelto a la almiranta castigados por esta lluvia infinita y con los primeros rosas del amanecer iluminando el velamen de la nao Todos los Santos.
E inmediatamente, se han largo velas y levado anclas en busca del puerto en el que fondear, puerto que se ha encontrado media legua más adelante, hacia el Este, en el punto exacto en el que el cometa visto la noche anterior se fundió con el horizonte, por lo que hemos interpretado que Dios ha decidido que esta tierra es el final de nuestra singladura, porque de otra manera no se explica tamaña casualidad: y en cuanto hemos visto la bahía, muy bien abrigada y con una playa de un blanco inmaculado, un murmullo de asombro ha recorrido toda la nao.
Cuando llegábamos a la playa, hemos podido ver que un buen grupo de indios han salido a nuestro encuentro: son también de piel negra y pelo rizado; he ordenado que estuvieran los arcabuceros prevenidos pues tienen fama los naturales de Nueva Guinea de ser muy belicosos además de caníbales, ya que se han contado crueldades sin número atribuidas a esta gente.
Uno de ellos se ha llevado la mano al pecho y dicho:
-Bile Banhana Otauriqui.

Tras numerosos intentos hemos entendido que ése es su nombre, aunque otauriqui creemos que quiere decir jefe o cacique, pues es una palabra casi idéntica a la que usaban los naturales de la isla de Jesús.
Después, y siempre con gestos, nos hemos entendido, y yo les he dicho que servimos a un tauriqui llamado Felipe. Bile Banhana ha preguntado si el tauriqui llamado Felipe es un poderoso señor; le hemos contestado que así era.
Y yo les he preguntado que si aquella tierra era isla o continente, señalándole el mar y haciendo un círculo con el dedo.
Se lo he tenido que repetir varias veces, y él ha señalado el alto pico que vimos hace dos días y ha dicho:
-Tiarabaso.
He entendido yo, y todos los que han bajado a tierra conmigo, que nos decía que subiéramos allí, pues en su cima hallaríamos la respuesta.
Así lo he ordenado.
Hemos andado poco durante el resto del día, pues aquí la selva es tan densa que parece crecer a medida que nos vamos abriendo camino con nuestras espadas.
Además, la infinita lluvia de estas latitudes convierte el suelo de la isla en un cieno negro que nos hace hundirnos en él, en ocasiones hasta los propios tobillos.
Ya oscurecido, hemos acampado en un claro abierto en una loma; he ordenado a los hombres que durmieran sentados, apoyando las espaldas de unos a las de los otros, pues por más que se ha intentado, nos ha sido imposible encender fuego: aquí la lluvia lo anega todo.
Hasta el ánimo.

No nos hemos encontrado con más naturales, pues sólo se han visto un par de grandes bohíos, todos de palma y vacíos, lo que quiere decir que sus moradores son la gente de Bile o que, por el contrario, son otros y han huido al vernos.
De los árboles y las plantas que hemos visto, sólo he reconocido palmeras y cocoteros, además de jengibre.
Escribo, Isabel, en medio de un silencio que provoca tal desasosiego que cuando se oyen los aullidos y chillidos de animales o pájaros, que no reconozco, lo agradezco.

9 DE FEBRERO.
Ha seguido la lluvia. Esta lluvia infinita.
Tenemos las ropas tan caladas -las celadas, petos y morriones son aquí ociosos- que parecen armaduras, y el aire, por la humedad, es tan pesado, que más de una vez parece que nos va a aplastar el pecho.
Antes de llegar a la falda de Tiarabaso, hemos cruzado un río, tan cenagoso y fétido que crecen unos mosquitos de largos como la mitad de la palma de mi mano.
Su zumbido es aterrador.
También nos ha parecido ver caimanes, pero tan grandes que tan sólo recuerdan a los que hay en el Perú.
Aunque esto último es algo que no puedo certificar como cierto pues el río fluye en medio de una selva tan espesa y fiera que ni la luz, casi, se atreve a entrar.
Cuando hemos llegado a las primeras estribaciones de Tiarabaso nos ha atacado, porque así hay que decirlo, una niebla tal, que he ordenado a los hombres que se asieran todos a una cuerda porque me parece que hubiera sido muy sencillo perderse; pero al poco de

empezar la ascensión, niebla y selva parecen haber huido ante la hierba que nos ha acometido.
Es de un verde que nunca había visto y tan alta que casi siempre nos tapa los ojos.
El lugar natural para una emboscada que, gracias a Dios, no ha llegado.
La hierba, y el barro negro que nace en esta isla de volcanes, nos han obligado a andar muy despacio.
Tiarabaso es de una altura considerable, pero de fácil escalada, pues su naturaleza volcánica la dota de numerosas grietas y escalones que facilitan el apoyo.
No es necesario emplear casi las manos para ascenderla. Con toda la fatiga que nos ha producido la subida, ha sido lo más agradable de cuanto hemos tenido que realizar en esta primera entrada en Santa Isabel.

10 DE FEBRERO.
Es isla.
Esta tierra es isla y no continente.
Sarmiento se equivoca: esta tierra no es la Nueva Guinea. Desde la cima de Tiarabaso, gracias a Dios menos escarpada de lo que en principio parecía pues también es de justicia que esta tierra, hasta ahora hostil, también nos favorezca, y aprovechando que la lluvia ha sido algo más tibia, porque desaparecer no lo hace nunca, hemos visto mar por todas partes, y, hacia la parte del Sureste, muchas más islas y nubes bajas, con lo que ésta isla es la primera, o la última, de un gran archipiélago.
¿Serán las que andábamos buscando, esas tierras a las que iban las naves del rey Salomón para cargarse de riquezas?

He de decirte, Isabel, que no me han parecido estas tierras, por lo visto hasta ahora, ricas en nada que no sean penurias.
Algunos hombres han debido de leerme el pensamiento, pues cuando hemos parado a descansar y a comer en el mismo lugar en el que pasamos ayer la noche, uno de ellos, Alonso Cabezas, me ha dicho:
-Podrán ser estas islas muy ricas, pero desde luego que no son el paraíso, excelencia.
Este Alonso Cabezas, arcabucero notable, es de esos hombres, tan poco abundantes; que hablan poco pero que cuando lo hacen, son certeros como el águila.
Me he limitado a asentir con la cabeza.
Como ya conocemos el camino andado y las provisiones escasean y no nos atrevemos a tomar nada de lo que esta isla nos ofrece por temor a ponernos malos he ordenado apurar el paso.
Además, esta lluvia infinita nos ha mojado toda la pólvora, por lo que nos son inútiles los arcabuces; y si los naturales nos preparasen una emboscada, pues aunque la gente de Bile se ha mostrado pacífica, no sabemos si todos lo son, ni sabemos cuales son sus habilidades, no sé cómo podríamos manejarnos en una lucha cuerpo a cuerpo contra ellos.
Por eso, cuando nos hemos detenido, he ordenado doblar la guardia, decisión que no ha gustado a los soldados, que están muy fatigados.
Pero más vale velar una noche que dormir para siempre.
Al menos, Isabel, eso es lo que yo entiendo, pero no es fácil exigir sacrificios a cambio de nada.

11 DE FEBRERO

Por la mañana, íbamos a salir del claro cuando han llegado unos indios, que no parecían, en principio, los de Bile.

Portaban macanas con filo de piedra, eran, también amulatados y de la misma altura, pero uno de ellos, con la cara teñida de blanco, que creo que era su jefe, ha empezado a agitar los brazos, a saltar y a hacernos señas diciéndonos que diéramos la vuelta.

Como no hemos respondido, todos a una señal de su jefe, han comenzado a agitar las macanas sobre sus cabezas y a aullar como si les hubiera poseído el mismísimo Satanás.

De esa manera preparan ellos los ataques, pues al instante han comenzado u lanzarnos piedras, y como no había macla que tratar va con ellos, hemos arremetido.

Ante la furia de nuestro ataque y lo afilado de nuestras espadas han huido, quedando al menos seis de ellos muertos o heridos sobre el negro fango en el que crece esta isla.

A media tarde hemos llegado a la playa, donde había más indios y algunos de los nuestros, entre ellos, Pedro Sarmiento, que intercambiaba gestos y señas con ellos, y escribía todo lo que ellos le iban diciendo.

Sin pararme a más, he ordenado a dos marineros que me llevaran en la chalupa a la capitana para referirle a Mendaña todo lo visto en estos días.

Cuando le he certificado al almirante que estábamos en una isla, me ha ordenado que mañana salga a la playa con toda la gente, dejando en la almiranta sólo a la guardia imprescindible, pues tenía intención de celebrar la primera Misa en estas latitudes v de tornar posesión de la isla, que se va a llamar Santa Isabel de la Estrella.

Santa Isabel porque era la fiesta que se celebraba cuando salimos de Lima, y de la Estrella gracias al cometa que nos ha señalado este puerto tan seguro en el que han fondeado los dos navíos.
He marchado a la almiranta, donde me esperaba ansioso Jerónimo, que enseguida me mostró su alegría porque la primera entrada en la isla había salido bien.
Y no ha podido ocultar su gozo cuando le he dicho que esta isla va a llevar tu nombre, Isabel.
Le he contado todo lo que hemos visto, y se ha indignado con la actitud de los indios con los que nos hemos enfrentado en el claro.
También se ha acercado hasta mí Gallego, quien, con la ansiedad nublando sus ojos, me ha interrogado sobre todo lo visto, pero ha mostrado un muy especial interés en que le contara si hemos percibido señales de las riquezas que debe haber en esta isla, pues dice que Mendaña, y todos los demás, menos Sarmiento, creen que ésta es una de las que conforman el archipiélago de las Salomón, y cuando le he dicho que no, ha hecho un gesto extraño, como si mis palabras sólo le certificaran algo que él ya sabía.

12 DE FEBRERO.
Bajo la infinita lluvia, al amanecer, y tras alzar entre varios marinos y soldados una gran cruz hecha con troncos de palmera, hemos cantado todos el Vexilla regis prodeunt.
Después, y ante el silencio asustado, que no respetuoso, entiendo, de un buen número de indios, el padre Francisco Gálvez ha cantado la primera misa que se escucha en esta parte del mundo.

A mitad del oficio, la tormenta ha arreciado y han surgido del cielo tales rayos y truenos como nunca he visto, Isabel, que parecía que se iba a resquebrajar el cielo.
Aún así, la misa ha continuado.
Al término de ésta, Mendaña se ha acercado a los indios y ha pedido a uno de ellos, que parecía que los mandaba y no era Bile, que acompañaran al alférez Enríquez, que iba a realizar otra entrada al interior de Santa Isabel, que en su lengua ellos llaman Samba.
Han accedido tras prometerle al jefe que le llevaríamos, con algunos de los suyos, a los navíos, que parece que les llaman mucho la atención.
Mientras, Juan de Torres ha empezado a enseriarle a uno de ellos a rezar el Credo: v el franciscano ha dicho que esta gente es buena y de excelente disposición, pues ha aprendido a decir parte de la oración con sólo repetírsela dos veces.
Y es que son gente de adoraciones, pues le rezan al sol, a la mar, a la selva, a las culebras, que aquí hay muchas aunque no parecen peligrosas, y a los peces.

13 DE FEBRERO
Enríquez ha salido hoy con dieciocho hombres; Sarmiento sigue anotando palabras.
El resto tiernos comenzado a construir el bergantín que nos llevará a más descubrimientos, pues las naos son demasiado pesadas, y con mucho calado, como para navegar cerca de las costas de estas islas, tan pródigas en bajos y arrecifes.
Y la lluvia, te recuerdo, Isabel, sigue
14 DE FEBRERO.
Con este tiempo, el trabajo en el bergantín, que debe estar acabado en quince días, ha dicho Mendaña, se

retrasa, y no se puede decir que nuestros hombres son torpes, que no lo son.
Hoy, los franciscanos han conseguido hacer pan con la ralladura de un tubérculo que los naturales llaman ñame, y que yo, ni nadie de los que estamos aquí, habíamos visto nunca.
Era basto al paladar, pero de buen sabor, que recuerda algo a la yuca.

15 DE FEBRERO.
Sarmiento ha llenado ya mucho papel con las palabras que está aprendiendo de los indios, pues es su intención escribir una gramática sobre su lengua, que ya no considera hermana de la de los indios del Perú, pese a que pensaba, en un principio, que ambas estaban emparentadas.
Pero al momento ha desviado su conversación hacia Mendaña:
-Éstas no son las islas del rey Salomón, pues éstas están mucho más abajo. Ni tampoco son las de Ninachumbi y Hahuachumbi, a las que marchaba el inca Tupac Yupanqui en busca de riquezas. Ésas las dejamos mucho más atrás, cuando este audaz marinero ordenó mudar el rumbo sin mi consentimiento, fijándose sólo de ese corto marino llamado Hernán Gallego.
-¿Dónde estamos pues?
-Éste es el archipiélago de Jesús, que es nuevo para los cristianos, peno no es la legendaria Ofir. ¿O acaso ha visto usted, señor Ortega, alguna seña, en forma de minas de oro, fabulosas ciudades todas de mármol, que le hacían pensar lo contrario?

-Nada he visto.
-¡Pues ya lo ve! Pero este petulante sin barba está convencido de que es así.
-El almirante no es un experto marino, desde luego, pero me creo que se comporte como un pavo.
-Lo único que le diferencia de un pavo es el color de sus plumas.
En tales términos se ha desarrollado nuestra conversación, que ha sido interrumpida por un soldado, Alonso Martín, que se ha llegado hasta nosotros para decirme que Mendaña me requería.
El general se había llegado a la playa acompañado del tesorero de la expedición y escribiente personal, Juan Gómez, para fiscalizar los trabajos en el bergantín:
-Habrá que doblar los turnos señor Ortega.
-Con esta lluvia los hombres se amotinan al momento.
-Las órdenes se obedecen, señor Ortega, no se interpretan. Además, entiendo que esta tarea debe ser responsabilidad directa suya, pues he dispuesto también que sea usted el que capitanee el bergantín. El piloto será Gallego.
-¿Y Sarmiento?
-Sarmiento lo necesito a mi lado para otras tareas. Cuando Mendaña se ha marchado, ha sido Gómez quien me ha interrogado.
-¿Ha visto, señor, en su entrada en Santa Isabel que los naturales llevasen consigo objetos dorados?
-No los he visto.
Ha torcido el gesto, aunque le he tranquilizado:
-De todas maneras, parecen desconocer los metales, pues son gente atrasada, que probablemente acaba de descubrir ahora el fuego.

No ha parecido convencerle.

16 DE FEBRERO.
Hoy he dispuesto los turnos dobles, con lo que los hombres, ahora, trabajan de sol a sol.
Pero su cansancio es grande. Y su furia, mayor.
Lo sé.
Está en sus ojos.
No he podido dejar de decírselo a Sarmiento.
-Si se cansan, no piensan.
Eso es lo que ha respondido.
Pero los ojos de los hombres dicen.
Dicen mucho.
Dicen que el viaje no les ha procurado mas que fatiga, hambre y enfermedad.
Y ningún premio.
Los indios se nos acercan durante todo el día: miran, curiosos, nuestro trabajo, y, a veces, nos traen cocos. Otras, tiran piedras y hay que ponerles en fuga disparando los arcabuces.
Esta tarde salieron en sus canaluchos, y volvieron, va en el ocaso, con algunos peces, que he ordenado requisar, pues estamos todos tan afanados en el bergantín que ni salir de pesca en las chalupas hemos podido:
Pero si es para comer, Isabel, no se quiebra ningún mandamiento, y menos con los indios.

17 DE FEBRERO.
No sé si habrá sido por el asunto de los peces, pero el caso es que ha sucedido un hecho de lo más singular.
No acababa de llegar Mendaña a la playa con los primeros naranjas del alba cuando se han acercado medio centenar de indios, con Bile al frente, que traía algo envuelto en unas grandes hojas como de palma; estas hojas, a causa de la lluvia, están siempre verdes y húmedas, con lo que hemos aprendido que son muy útiles para conservar el pescado, que era lo que un principio pensábamos que nos traían.
Pero nos hemos estremecido de horror y asco cuando al abrir la hoja se ha visto que nos ofrecían un brazo humano, no muy grande, por lo que debía de haber pertenecido a algún muchacho.
Y Bile ha dicho
-Naleha, naleha.
Esto, dijo Sarmiento, significa: comedlo: y les ha respondido:
-Teo naleha urra.
Que quiere decir: nosotros no comemos eso.
A Mendaña se le ha descompuesto el rostro y ha empezado a chillar a los indios, llamándoles salvajes, y les ha amenazado de manera muy v violenta, con lo que han soltado el brazo y han salido corriendo.
El almirante ha ordenado a un soldado que enterrase el brazo del desdichado.
Aunque los indios no han vuelto a aparecer por la playa, ahora cuando escribo esto, Isabel. se oyen grandes aullidos, gritos, tambores y caracolas que vienen del pueblo de Bile, como si se preparasen para la guerra.

18 DE FEBRERO.
Bile y sus hombres con gran cantidad de cocos.
He entendido, y así se lo he dicho a Sarmiento, que esta gente anda enfadada por lo de los peces, así que he ordenado a todos los míos que no se les roben más peces, que ya los pescaremos nosotros cuando disponga; y no, Isabel, porque les temamos, que no es eso, sino porque tengo a los hombres muy agotados por el trabajo del bergantín y no están en disposición de luchar con nadie.
Si los indios son pacíficos, conviene que sigan siéndolo. Al menos, hasta que se acabe el bergantín.
Luego, Dios proveerá.
Ya sabía yo que los turnos dobles nos iban a traer más perjuicio que beneficio.
Hoy, a lo largo del día, ha ido amainando la lluvia, con lo que el trabajo ha ido avanzando más que en días anteriores. Ya está el armazón acabado; he dado descanso a los hombres y dicho a Sarmiento que no informara de ello.
Sé que no lo hará.
Al anochecer, la lluvia se ha tornado violentísima y han aparecido furiosos rayos.

20 DE FEBRERO.
Durante estos dos días ha llovido sobre Santa Isabel con tal fuerza que no se ha podido trabajar nada, ya que la cortina de agua era tan espesa que no es que no se pudiera caminar bajo ella, es que no se veía nada de nada.
Isabel, desde donde estás, reza para que esta lluvia infinita, cuyo rumor, por las noches, no nos deja ni conciliar el sueño, cese.

21 DE FEBRERO.
A mediodía de hoy, aunque es un decir porque con el clima de esta isla muchas veces no se sabe a qué altura está el sol, ha llegado el alférez Enríquez con sus hombres, fatigados, y algunos de ellos, heridos, aunque no de gravedad.
Hemos marchado Sarmiento y yo con él a la capitana, para ser informados, junto a Mendaña, de todo cuanto se ha visto, oído y descubierto.
Ya en la cámara del almirante, el alférez nos ha contado que en Santa Isabel, salvo la gente de Bile y dos tribus más, son muy belicosos los naturales; y muy numerosos y temerarios en el combate, que sólo los arcabuces, cuando se ha podido hacerles hablar, han conseguido ponerlos en fuga.
Pero, entre que la pólvora estaba casi siempre húmeda, y que los indios son muy diestros a la hora de agazaparse en la selva y darles emboscada, han tenido que luchar, las más de las veces, cuerpo a cuerpo con ellos.
-Y solo nuestro acero nos ha dado ventaja, pues ellos, con sus macanas de piedra, necesitaban acercarse mucho para herirnos, mientras que nosotros los manteníamos a raya con nuestras espadas y albardas.
Enríquez sí que ha visto de cerca los grandes caimanes.
-Y serpientes tan gruesas como la pierna de un hombre, y pájaros de gran colorido como nunca he visto. Y por la noche a veces se oyen chillidos como venidos del infierno. Pero, con todo, lo peor es la selva, tan espesa que el caminar es lentísimo. Y luego está ese cieno negro que te pega a la tierra...
Ha añadido el alférez que han cruzado varios ríos, algunos fétidos y otros dulces, pero ninguno con bancos

de arena que le hayan hecho pensar que pudiera haber en ellos oro.
Anduvieron durante cuatro días hacia el Sureste de Santa Isabel, hasta que se encontraron con el mar, sobre un abrupto acantilado.
-Por esa parte se vislumbran más islas.
He asentido con la cabeza: nosotros también las vimos.
Enríquez ha finalizado su relato diciéndonos:
-Señor, conviene que esta gente de Bile nos acompañe, porque al tercer día de nuestra entrada pudimos comprobar que esta gente se hace la guerra entre ellos, y firman alianzas, porque un tauriqui que se hace llamar Mane nos hizo entender que conocía a Bile, y que era amigo suyo. Además, por los huesos que hemos encontrado en unos bohíos de palma, que nos parecieron humanos, creo que se comen entre ellos.
Mendaña ha felicitado a Enríquez por el éxito de su entrada, no sin antes decirle que iría en el bergantín con Gallego y conmigo.
Después de todo esto, he vuelto a la playa para ver cómo iban los trabajos del bergantín.
Y Gallego me ha dicho que no ha podido con los hombres, que nada más irme yo se han marchado al amparo de unas chozas que hemos hecho con ramas de palmera y no han querido trabajar más.
He escogido tres al azar y yo mismo les he azotado.

23 DE FEBRERO.
Mendaña ha accedido a mi petición de suprimir los turnos dobles de trabajo.
Se lo he comunicado acto seguido a todos.

No han dicho nada.
-¿Ingratitud o desconfianza, Isabel`?

24 DE FEBRERO.
He vuelto a ver la Cruz del Sur, pues ha desaparecido la lluvia y las nubes han huido.
Las estrellas, que parecían haberse olvidado de esta isla perdida, han renacido con todo su esplendor.
Hoy, fray Francisco Gálvez se me ha acercado y dicho que los indios de Bile, que ya deambulan entre nosotros como uno más, no le hacen caso, y que, incluso, muchos se ríen de él, especialmente las mujeres, de pechos generosos y desnudos, y lo, niños, de ojos enormes.
Le he asegurado que mañana, cuando los reúna, me avise, que yo les haré escuchar tanto si les gusta como si no, pues es natural a los hombres, sean de la raza que sean, y obedezcan la religión que obedezcan, atemperar su carácter en cuanto oyen hablar al cuero.
-Eso lo único elite hará es asustarlos, señor Ortega, y puede que no les volvamos a ver.
Así me ha contestado el franciscano.
Y yo le he dicho que entonces no se me queje, pero que, de todos modos, lo haré.
Veremos, Isabel, quién tiene razón.

25 DE FEBRERO.
Lo ocurrido con los indios no tiene explicación, o, al menos, Isabel, yo no la encuentro.

Cuando fray Francisco ha comenzado a explicar a estos salvajes los misterios de nuestra fe, me he llegado hasta el corro con dos soldados.
Al poco, tal y como el franciscano me había relatado ayer, han empezado a hablar entre ellos, y a mirar al religioso, y, luego, a reírse, mostrando sus grandes dientes, tan blancos que, en contraste con su negra piel, los alejan de los hombres y los acercan a los monos.
He ordenado a los soldados que cogieran a uno de ellos y le ataran a una palmera.
Le hemos azotado y los indios se han quedado, de repente, mudos.
Mientras le castigábamos, señalábamos al religioso, haciéndoles señas para que entendieran que debían estar callados y atender a sus lecciones.
De repente, ellos, han señalado al indio y comenzado a reír.
Eso me ha puesto furioso, Isabel, y he ordenado a los soldados que azotaran al salvaje con más fuerza.
Pero no paraban de reír.
Y cuanto más azotábamos al indio, que era todo él un lamento, más reían.
Ya fuera de mí, le he arrebatado al soldado el látigo, me he plantado en el centro del corro y he liberado mi brazo contra todos ellos.
Y ellos corrían y reían sin parar.
Les he perseguido, azotándolos, hasta que la fatiga, y el orgullo herido, que fatiga aún más, han acabado por agotarme.

27 DE FEBRERO.
Llevamos dos días en los que los trabajos han avanzado mucho, porque la lluvia ha sido muy leve, Isabel.
Dice Sarmiento que, en estas latitudes, la estación de las lluvias está llegando a su fin.
Así lo espero.
Así lo esperamos todos, pues los huesos, poco a poco, se nos van entumeciendo y hay gente que tose mucho y de muy mala manera, por lo que temo por nuestra salud.
Aunque tu recuerdo, Isabel, no es mala medicina.

28 DE FEBRERO.
Mendaña nos ha citado en su cámara de la capitana para decidir la ruta a seguir una vez se acabe el bergantín.
Y la discusión entre Gallego y Sarmiento ha sido tan violenta que he tenido que mediar para que de las palabras no pasaran a los golpes.
Sarmiento es partidario de cabotar alrededor de Santa Isabel y luego enfilar la proa hacía el Suroeste, en demanda del gran continente austral que sirve de contrapeso al hemisferio norte, según ya dijo Ptolomeo; esa gran tierra debe estar a no más de cien leguas de Santa Isabel.
Gallego es del parecer de marchar a Sureste, en busca de las islas vistas por mí y por Enríquez.
De la porfía se pasó a los gritos, de éstos, a los insultos, y, al final, a las amenazas entre ambos.
Al final ha terciado Mendaña. Y lo ha hecho de esta manera:

-Lo más conveniente es explorar, como dice Gallego, las islas que tenemos más a la mano, pues tenemos noticia cierta de ellas. A mi juicio es arriesgado buscar una tierra que sólo está certificada por leyendas, supersticiones y suposiciones. Y, si aún así existiera, la distancia sólo se sospecha, y se desconoce qué tiempo puede reinar en esas latitudes y, si fuera malo, no estamos seguros de si nuestro bergantín pudiera resistirlo o perderse sin remedio.
Sarmiento quiso replicar, pero Mendaña ha alzado la mano, con gesto brusco y la hosquedad vistiendo su rostro, y dicho:
-Está todo decidido. Sarmiento, no se ha arredrado
-Hemos venido a descubrir, no a barloventar.
-Y se descubrirá. Hay aquí muchas islas de las que tomar posesión en nombre de Su Majestad, muchos indios que bautizar, y muchas riquezas, aun vegetales, con las que enriquecernos nosotros, don Lope y la Corona.
Así ha quedado Sarmiento, de nuevo, burlado.
Y a mí, las razones de Mendaña me han parecido todas muy juiciosas.

29 DE FEBRERO.
Antes de marchar esta mañana a la playa, Gallego me ha requerido para hacerme una confidencia:
-Ya ve usted, señor Ortega, cómo Sarmiento, con su hablar magnético y el ardor con el que baña sus palabras, no ha hecho sino mentirnos a todos. Puso a don Lope el cebo de Ninachumbi y Hahuachumbi, las islas a las que viajaban los incas, y el de Ofir, las islas cuyas riquezas enjaezaron el Templo de Jerusalén, pero

lo que él siempre ha buscado es la Terra Australis, porque se cree que es un nuevo Colón.

-Hasta ayer no oí nunca hablar de ese gran continente del Sur. ¿Qué es?
-Desde la Antigüedad, señor, se cuentan leyendas sobre una gran tierra al Sur, que hace de contrapeso al mundo conocido, que está al Norte. Cuando se descubrió la Nueva Guinea se creyó que era la punta occidental de ese continente, y el sur del Estrecho de Magallanes, su parte oriental. La Terra Australis recorre todo el Mar del Sur de un lado a otro, a unas cien leguas de donde nosotros estamos ahora. Por eso, señor, yo me he opuesto a todas las derrotas de Sarmiento, porque su locura y su afán de gloria nos iba a perdernos a todos.
-¿Y cómo sabe usted todo eso?
-Sarmiento lleva años hablando a toda Lima de ese gran continente que él iba a ganar para el rey Felipe II. Nadie le ha escuchado nunca porque toda Lima, señor, sabe que sólo la mano de don Lope ha salvado a Sarmiento de las iras del Santo Oficio.
-¿Y nadie advirtió a don Lope de todo esto?
-Mucha gente, señor. Yo mismo, también. Pero me dijo que, Sarmiento, pese a todo, era un hombre valioso. Sin embargo, nos dio instrucciones a su sobrino y a mí de que si pasaban determinados días y no se veían las islas que Sarmiento decía que existían, mudáramos la derrota más al Norte para ir a las Filipinas.
-Pero no hemos ido allí...
-Porque Sarmiento ha vuelto a embaucar a Mendaña. Gallego, por vez primera, me ha parecido sincero, Isabel. Yo estoy confundido.

Le he referido todo a Jerónimo y a Rico, y ambos no han podido ocultar su furia contra Sarmiento, pero he retenido sus afanes de castigo pues el cosmógrafo, al cabo, nos llevó hasta la isla de Jesús y nos ha traído hasta Santa Isabel, que si no la hubiéramos descubierto, ahora estaríamos todos muertos.
He añadido que si se salvó del Santo Oficio, por mucho que terciara don Lope, no ha de ser tan ladino como nos lo pinta Hernán Gallego, pues tan santo tribunal sólo entiende de herejías, no de títulos ni recomendaciones.
Se han calmado porque, además, les he prometido que hablaría primero con Sarmiento, nada más comer.
Y así lo he hecho.
Para mi sorpresa, Isabel, el cosmógrafo de la jornada, además de su inspirador, no ha negado nada.
Pero sus razones dan otro horizonte a la expedición.
Ya no sé que pensar, pues Sarmiento ha empezado su defensa así:
-Cierto, señor maestre de campo. Es posible que Ofir no exista, aunque lo dudo, y si existe, sean esas islas Molucas que nos dejamos quitar por los portugueses. Pero sí existen Ninachumbi y Hahuachumbi porque me lo han confesado hasta hombres de Pizarro. Esas islas las dejamos atrás a las dos semanas de salir de Lima. Y las perdimos por no seguir la derrota estricta que yo había trazado en El Callao. Pero, con todo, si no hubiera puesto todo esto como cebo, nadie se hubiera embarcado, porque, simplemente, esta expedición no hubiera existido. Y esta expedición, señor maestre de campo,-no puede volver a Lima sin tocar antes Australia.
-¿Cómo está tan seguro de la existencia de ese continente?
-Ptolomeo así lo dijo.

-¿Y quién es ese Ptolomeo para que usted le crea con tal ardor?
-Ptolomeo fue un gran geógrafo de la Antigüedad. El más grande, quizá. Fue el primero en sospechar que la tierra era una esfera, como luego Colón y Elcano han venido a demostrar. Ptolomeo habló de Catigara y Sines, de las que luego se ha demostrado cierta su existencia. No se ha equivocado nunca. El Gran Continente al Sur, Australia, cuyo extremo este vio Magallanes cuando halló el paso entre el Atlántico y el Mar del Sur, está poblado por gente de raza hebrea, la cual, como se sabe, es hábil en el comercio y las más diversas artesanías. No sólo existe ese gran continente al Austro, señor Ortega, sino que debe ser más rico que todo lo que se cuenta de la gran Ofir.
Después me ha estrechado los brazos con fuerza, y, con la mirada encendida, me ha suplicado:
-Ayúdeme, señor Ortega. Sé que don Lope confía mucho en usted y que Mendaña accederá si usted se lo pide. Es petulante y necio, pero me consta que el Gobernador le dijo que le escuchara con atención, pues es hombre de gran valía y juicio certero.
Le he respondido que primero, una vez acabado el bergantín, se haría lo dispuesto por Mendaña, y que, después, ya se vería.
No ha parecido muy convencido, pero antes de dejarle a sus cosas, le he hecho un último requerimiento:
-¿Por qué no se ha hecho antes esta expedición? Sé que usted lo intentó con el Marqués de Cañete y el Conde de Nieva.

-Yo no puedo responder sobre los espíritus estrechos y las famas injustas.

Y se ha encogido de hombros.
-Dicen de usted que está loco, que se cree que es el nuevo Cristóbal Colón.
Él me ha contestado con otra pregunta: -¿Y qué decían todos de él al principio? Le he dejado silencioso.
Y silencioso me he quedado yo durante el resto del día. Ambas facciones, Isabel, porque de verdaderas facciones hablo, me han parecido sinceras y juiciosas en sus argumentos.
Pero hay algo en Pedro Sarmiento que me obliga a apreciarle.
¿Habré sido embrujado yo también?

2 DE MARZO.
A la ruina no se le había olvidado ni nuestro nombre ni dónde estábamos, pues durante estos dos últimos días sé han desatado tales tormentas, y el mar se ha embravecido de tal manera, que tuvimos que trabajar con denuedo en las naos para que no se nos hundieran.
Las hemos salvado. Pero no al bergantín.
Cuando hemos llegado a la playa, a media mañana, hemos comprobado que la Naturaleza ha querido que todos nuestros esfuerzos anteriores fueran en balde.
Hay que empezar otra vez, Isabel.
El propio Mendaña, compadecido, ha ordenado que se espere a mañana para rehacer el bergantín.
Juan de Torres ha dicho misa, y en ella hemos pedido a Dios que se acuerde de nosotros y que si debemos

trabajar, trabajaremos, pero que apelamos a su misericordia infinita para no tener que reandar lo andado.
El resto del día lo hemos empleado en holgar, si es que aquí se puede descansar, y en tomar del mar parte de lo que nos ha robado.
Los peces que hemos pescado eran pequeños y con muchas espinas, pero muy sabrosos.
Mi barba, Isabel, es ya más blanca que negra, como si llevara diez años en esta isla.

5 DE MARZO.
Sólo un suceso ha ocurrido hoy digno de ser reseñado en esta memoria.
Un sólo suceso pero no pequeño.
Se ha presentado un indio con una mujer toda herida y magullada.
Hemos entendido que era su esposa.
Nos decía el indio, pues Sarmiento ya domina algo de su lengua, que uno de los nuestros, ayer, había pretendido forzarla.
Nos ha señalado al hombre: Pedro Esquivias, rufián que lo ha negado todo.
Pero ella se ha acercado, ha señalado el cuello del marino, en el que se apreciaba una larga señal, como de un arañazo, y luego, nos ha mostrado su larga uña.
Ella se lo había hecho.
Entonces, Esquivias se ha defendido diciendo que primero se le acercó ella y se mostró muy solícita, a lo

que el respondió, muy cariñoso, y que cuando quiso ir un poco más lejos, se le revolvió como una loba.

He ordenado azotar al esposo de la india y a Esquivias, que ha perdido el conocimiento primero.
Luego tenían razón el indio y su mujer.
Y tenía razón yo cuando le dije a don Lope que debíamos llevar soldaderas en esta armada.
Pero él no quiso, Isabel.

6 DE MARZO.
La lluvia ya no es infinita, sino esporádica.
Hoy me he sentado sobre una peña de la playa, para ver atardecer.
Me he estremecido por vez primera desde que llegué a Santa Isabel.
A tu isla, Isabel.

8 DE MARZO.
Dios se ha puesto de nuestro lado: la lluvia ha desaparecido.
Y, de repente, Isabel, esta isla parece la patria de la luz.

27 DE MARZO.
Mendaña ha decidido, en honor a su tierra, llamar Santiago al bergantín.
Ha ordenado después al piloto Pedro Rodríguez, timonel de la capitana, que boje, junto con Enríquez y dieciocho hombres, Santa Isabel para averiguar por qué parte de ella se ven más islas, y para comprobar cómo se maneja

el pequeño velero en estas aguas en las que los bajos y los arrecifes parecen tener ojos y oídos.

Los indios no han vuelto a molestar; se ve que el castigo que se les ha dado hace tres días les ha hecho recapacitar.
O será que sus funerales duran todavía más que los nuestros.

28 DE MARZO.
Con el alba ha zarpado el bergantín, y los franciscanos han rezado por un buen viaje.
Nosotros les hemos seguido en sus rezos.
He de decir, Isabel, que se ha hecho un buen trabajo, pues el Santiago surca estas ladinas aguas con gran agilidad.
La desaparición de la lluvia, hace ya casi un mes, ha sido nuestra más útil herramienta.
Los atardeceres en Santa Isabel siguen siendo descomunales.
Ni en Panamá son tan bellos.

30 DE MARZO.
Ha llegado hoy el Santiago, tan gallardo como cuando partió, y Mendaña nos ha convocado, en el acto, en su cámara de la capitana.
Rodríguez y Enríquez han mostrado su parecer: hacia el Sureste han visto muchas islas, que desde el bergantín parecen tan grandes, al menos, como Santa Isabel.
El viento les ha acompañado y el Santiago se muestra dócil en estas aguas.

El almirante ha dicho que con eso bastaba y que esa era 1a derrota que convenía seguir.

Todos hemos asentido y Sarmiento, que desde que Mendaña le comunicó hace tres semanas que no iría en el bergantín guardaba un silencio absoluto, no ha abierto en ningún momento la boca.
A mí también lleva tiempo sin hablarme; debe entender que no he mediado por él ante Mendaña para acompañarnos en el Santiago.
Tiene razón si piensa así.
Pero llevar a mi lado a Sarmiento y a Gallego me obligaría a tirar por la borda a los dos, a no ser que prefiera que acabemos todos en el fondo del mar.
Ya le llegará la hora del desquite si las cosas siguen como hasta ahora.

31 DE MARZO.
Hemos visto indios merodear entre las palmeras, pero no se han acercado.
Era, pues, gente de Bile, que anda temerosa todavía desde el último castigo. .
Mucho dolor, pues, debimos provocarles.
Como dolor me provoca a mí también tan larga separación, Isabel.

1 DE ABRIL.
El júbilo se ha desatado entre los hombres que no van a ir en el bergantín, pues desde que el tiempo ha mejorado nadie quiere embarcarse.

Tan poca disposición me ha enfurecido y he estado a punto de azotar a alguno de ellos.

Jerónimo es quien me ha parado. Él sí viene conmigo.
Así lo he pedido yo, pues cada vez aborrezco más tanto a los marinos como a los soldados, y necesito un rostro querido en este viaje que no sabemos cuán largo ha de ser.

2 DE ABRIL.
Hoy se debía haber cargado todo lo necesario para el bergantín, pero se ha desatado tal tormenta que hemos tenido que trabajar para que no se nos escapara mar adentro.
Más de media jornada se nos ha ido en sujetarlo y reparar los daños, aunque pequeños, que ha sufrido el Santiago. Así que hemos dejado el abastecimiento para mañana.

3 DE ABRIL.
Hemos cargado el Santiago con grandes cantidades de cocos, ñame, jengibre y palmas para conservar los peces que pesquemos; el resto: pólvora y mechas para que los arcabuces nos defiendan.
A media tarde se ha decidido largar celas, pero no se saldrá hasta mañana, ya que el viento no acompañaba.
Antes de marchar a la almiranta a descansar, se me ha acercado Sarmiento, que ha surgido de entre las sombras: -Cualquiera costa que tenga más de doce leguas de extensión puede ser alguno de los extremos

del Gran Continente Austral. Signe, señor Ortega, bien su posición, pues puede ser la llave del más grande descubrimiento desde el de América. Prométame, señor maestre de campo, que así lo hará.
Así lo he hecho.
Ello, Isabel, no cuesta nada.
Luego, he mirado la Cruz del Sur, y a ella y a la Virgen de Guaditoca, patrona de mi pueblo, me he encomendado.

4 DE ABRIL.
Un fuerte viento ha rajado casi todo el velamen del bergantín apenas hemos salido del puerto.
Estaba mal cosido y aparejado por las malas prisas.
¿Es que Dios, acaso, no quiere que dejemos nunca esta isla?

7 DE ABRIL.
Un día entero se tardó en arreglar las velas del Santiago; pero tampoco pudimos hacernos a la mar porque el viento, si antes vociferante, luego se tornó mudo.
Pero esta mañana, por fin, lo hemos hecho.
Al poco de bojar Santa Isabel, y ya con derrota del Sureste, hemos visto dos isletas y una isla grande, que se encuentra a unas seis leguas del puerto en que han quedado fondeadas las naos.
Las dos isletas no tienen más vegetación que palmeras y deben estar despobladas, pues no nos han salido indios en canaluchos ni hemos logrado ver pueblos o bohíos.

Hemos gobernado el bergantín hacia la isla más grande, pero el viento ha amainado y no creo que lleguemos a ella hasta mañana.
Es la mar tan serena ahora, cuando escribo esto, que no parece que naveguemos, sino que estamos suspendidos en el aire.
La Cruz del Sur, que de tan brillante parece que se nos ha acercado, nos une, Isabel.
Hoy me he acordado de Pedro, al ver como la brisa, cuando soplaba, espoleaba la larga cabellera de su hermano Jerónimo.

8 DE ABRIL.
La isla que vimos ayer y a la que esta mañana hemos llegado es más grande de lo que habíamos pensado.
Más que Santa Isabel.
Está a unas catorce leguas de las dos isletas, que, por ínfimas, ni siquiera hemos bautizado.
Pero a la isla la hemos llamado de Ramos, pues es hoy el día de la entrada de Cristo en Jerusalén.
Vamos a desembarcar en ella y pasado el resto del día pescando; no se ha dado mal.
Hemos envuelto los peces en las palmas para prepararlos mañana.

9 DE ABRIL.
Parece como si la lluvia y el mal tiempo se hubieran marchado de Santa Isabel para aposentarse en esta isla. -¿Vamos en busca de tierras o de truenos?
Así lo dice Gallego. Yo estoy de acuerdo.

El aguacero con el que nos ha recibido esta isla ha sido tal que hemos tenido que refugiarnos en el bergantín y cubrirnos con lo que teníamos a mano: mantas, palmas y velas.

La infinita lluvia.
No me canso de decirlo y escribirlo.
Por fin, por la tarde, hemos desembarcado y comprobado, al momento, que está poblada, pues han aparecido indios, de la misma raza que los de Santa Isabel, pero más hoscos aun y numerosos.
Señalaban la arena de la playa y decían:
-Malayta, Malayta.
Luego, se daban palmadas en el pecho; he entendido que querían decirnos que esta tierra es suya y que se llama Malayta.
Y nos han atacado.
Con la lluvia, teníamos la pólvora mojada y nos hemos tenido que batir con ellos cuerpo a cuerpo, con esfuerzo grande, pues son gente diestra; aun así, la victoria ha estado con nosotros, pues tras herir y matar al menos a una veintena de ellos, los hemos puesto en fuga.
Para evitar más guasábaras, he ordenado que pasemos la noche en el Santiago, un poco alejados de la playa y con guardia doble. .
Mañana continuaremos el viaje.

10 DE ABRIL.
Al amanecer ha llegado un viento Nordeste que nos ha permitido cabotar la costa de Ramos con gran rapidez.

Lo último que hemos visto de esta isla ha sido un gran cabo al que le hemos puesto el nombre de Prieto.
Con la proa hacia el Sudeste y el viento aferrado a nuestra popa, hemos llegado, a mediodía, a otra isla, a unas nueve leguas de distancia de Ramos.

Esta nueva isla es pequeña, pues no tendrá más de legua y media de boj; está llena de arrecifes afilados como los dientes de un caimán y, por ello, no nos hemos acercado a ella.
Por su perfil se le ha puesto de nombre Galera.
Luego, el bergantín ha virado una cuarta hacia el Sur, en demanda de una isla que está a no más de una legua de la anterior.
El viento era fuerte y hemos llegado pronto a ella: es de apacible aspecto, todo lo contrario que la Galera, y por esa razón se le ha puesto el nombre de Buenavista, que está flanqueada por numerosos islotes.
Está muy poblada y tiene los pueblos muy a la vista, junto a la costa, sobre grandes pilares de madera; la tierra parece muy fértil.
Jerónimo me ha sugerido que bajáramos a tierra, pues parece la isla más agradable de cuantas hemos visto hasta ahora, pero le he respondido que lo haremos a la vuelta, porque estamos gozando de muy buen viento y no es cuestión de desaprovecharlo, pues el aliado invisible es tan caprichoso que en cualquier momento puede abandonarnos.

12 DE ABRIL.

No fue más pronto dejar Buenavista que sorprendernos un terrible aguacero.
-¿Os traigo hasta la más bella isla del archipiélago y la despreciáis de esa manera?
Eso es lo que parece bramar el mar.

Espero, Isabel, que Dios no nos castigue por ese desprecio. Por culpa del aguacero, que nos tuvo ocupados toda la noche de ayer, hemos estado todo el día perdidos, hasta que, por fin, por la tarde, hemos dado con ella de nuevo.
Pero luego el mar y el viento se ha calmado, con lo que apenas la hemos perdido de vista.

13 DE ABRIL.
La isla de la Florida, a la que hemos llegado a mediodía, es la más rica y frondosa de cuantas hemos visto hasta ahora, más aún que Buenavista.
Hay en ella puercos y gallinas y los indios que la pueblan se enrubian el pelo, aunque son los más hostiles y belicosos de cuantos nos hemos encontrado.
Hemos llegado a la Florida cuando el sol, que en los dos últimos días ha sido en exceso justiciero, estaba en lo más alto, y no hemos tenido que acercarnos mucho para ver que estaba poblada, pues, al igual que en Buenavista, los indios viven junto a la costa,, en pueblos elevados sobre gruesos j maderos.
Nada más acercarnos a la playa nos han empezado a hostigar con piedras y flechas, y dando enormes alaridos, pero esta vez sí hemos podido utilizar los arcabuces.

Pedro Juárez, artillero certero, y un par de soldados más los han puesto en fuga con presteza, y todos ellos han huido al interior de la isla, dejando sus pueblos vacíos, y todas sus pertenencias, abandonadas.
Hemos cogido un par de puercos y los hemos subido al Santiago para mostrárselos a Mendaña en cuanto regresemos a Santa Isabel.
Después de tanto tiempo hemos comido caldo de gallina, y es caso ocioso decirte, Isabel, que nos ha sabido como el más sabroso de los manjares que pueda servirse en la mesa de cualquier rey.
Como tenemos ya la pólvora seca y los arcabuces no se nos han estropeado, y como se muestra esta isla muy útil para abastecernos, pues tiene de todo, he ordenado que pasemos la noche aquí.
Al poco de irse casi todo el mundo a descansar, Juárez, Gallego, Jerónimo, Rico y yo hemos discutido sobre Mendaña y Sarmiento y la guerra abierta entre ambos. Tampoco nosotros hemos conseguido entendernos. Jerónimo, Enríquez y Rico están con el almirante.
Pero Juárez y yo no somos del parecer de que sería un enorme regalo de la Fortuna poder llegar a ese gran continente al Sur.
El cielo, despejado.
No llueve ni parece que vaya a hacerlo los próximos días. La Cruz del Sur sigue siendo el faro que me guía en estas latitudes, pues es lo único que puede compararse, sin igualarse, a ti, Isabel.
He decidido que pasaré la noche con la guardia.

14 DE ABRIL.

Esta mañana hemos oído un extraño sonido que llegaba de los bohíos cercanos a la costa.
Y es que los indios utilizan grandes caracolas para llamarse los unos a los otros: hemos temido, al principio, que fuera una llamada para aliarse todos contra nosotros.

Pero no lo han hecho.
Hemos recorrido parte de la isla y en un claro cercano a un bohío hemos hallado huesos humanos, por lo que creo que esta gente es también caníbal, y eso que es la única isla en la que he hallado carne.
Gallego ha calculado que la Florida es una de las islas más grandes del archipiélago, pues tiene, al menos, veinticinco leguas de boj.

17 DE ABRIL.
Hoy hemos visto dos nuevas islas, que se encuentran al Este de la Florida.
Las hemos llamado San Dimas y Guadalupe, porque el alférez Enríquez es muy devoto de esta virgen.

18 DE ABRIL.
Hacia el Suroeste de la Florida hemos vista una gran isla, a la que hemos llegado hacia vísperas.
En la parte en la que hemos llegado, desemboca un gran río, al que le he puesto el nombre de río de Ortega.
Y a la isla Guadalcanal, en recuerdo de mi pueblo. Ya ves, Isabel, que yo también dejo mi recuerdo aquí. Antes de desembarcar se han llegado hasta nosotros muchos indios en canaluchos y también a nado, entre ellos,

muchas mujeres y niños, que se querían subir al bergantín. Otros, desde una canoa, han lanzado un cabo como para abordamos.
Nos hemos visto obligados a utilizar los arcabuces y han muerto algunos de ellos, pero uno ha saltado a la cubierta y ha comenzado a gritar:

-Mate, mate.
Jerónimo le ha atravesado con su espada.
Debes estar orgullosa de él, Isabel, pues está mostrando en todo momento mucho valor y ánimo.
Pero antes de morir hirió con su macana a Alonso de Cuevas, que ha sangrado mucho por la nariz, aunque hemos conseguido curarle.
Al ver que pese a su número, tenían la batalla perdida, han huido hasta la playa; han quedado una docena de ellos muertos sobre el agua, y, al olor de la sangre, han acudido los tiburones, que en estas latitudes no son muy grandes pero sí muy voraces.
Eran al menos medio centenar y, al poco, han dado muy buena cuenta de los cadáveres.
Tras esto, hemos saltado a tierra sin ningún contratiempo más: se ha tomado posesión de la isla y regresado al bergantín para pasar la noche, pues es esta gente de Guadalcanal la más peligrosa de cuanta nos hemos encontrado.

19 DE ABRIL.
En esta isla de Guadalcanal los pueblos son más grandes y ricos que en el resto del archipiélago.
Tienen en sus poblados, que se componen de varios bohíos dispuestos en círculos y uno grande, en el centro,

en el que se reúnen, muchos puercos, gallinas y un gran número de frutas y raíces, entre las que reconocimos el jengibre.
Cuando estábamos en el bohío y ya dispuestos a marcharnos, han reaparecido los indios, que con gran estruendo de aullidos y caracolas, nos han atacado con fiereza.
Pero Dios ha puesto en nuestras manos los arcabuces; para que triunfemos sobre estos salvajes; tras matar y herir u, de ellos, han huido, con lo que hemos retornado al: bergantín sin más problemas.
He ordenado la construcción de una balsa, pues tengo la intención de navegar por el río de Ortega en busca de más--: poblados y para comprobar si arrastra arenas ricas en oro:
Y este trabajo nos ha llevado toda la tarde.
Casi anochecido, por la parte del Noreste han llegado nubes; una de ellas semejaba una calavera.
Rico me ha dicho:
-¿No será eso un presagio?
Me he estremecido, pues el aspecto de la nube en verdad aterraba, Isabel.

20 DE ABRIL.
Río arriba hemos visto más pueblos, en los que vive - mucha gente.
Debe de haber en esta isla, la más grande de cuantas hemos visto, al menos un millón de personas, de las cuales, si se exceptúan las mujeres y los niños muy pequeños, son todos guerreros.
En muchos trechos se han visto bancos de arena, por lo que creemos que se puede hallar oro.

Pero lo que sí es cierto es que es tierra de enormes caimanes, que al menos son tres veces más grandes que los que he visto hasta ahora en Panamá y Perú.
Y también de loros y guacamayos de todos los colores.
Hemos subido casi media legua de río, con grande esfuerzo porque en algunas partes es muy estrecho y se rinde a la selva; hemos dado la vuelta.
Aupados por la rápida corriente, al poco, hemos llegado al lugar donde estaba fondeado el bergantín.
Mañana dejaremos Guadalcanal.

21 DE ABRIL.
Tanto yo como los demás hemos estado de acuerdo en que, con lo visto en Guadalcanal ya era hora de dejarse de descubrimientos y volver a dar noticia de todo lo visto hasta ese día.
Es la primera decisión, mía o de cualquier otro, que no ha sido contestada por nadie.

22 DE ABRIL.
Los vientos son proclives a nuestra demanda, y como no tenemos previsto hacer ninguna entrada más, debemos estar en Santa Isabel con Mendaña en no más de tres días.

23 DE ABRIL.
Al sur de Santa Isabel hemos visto otra isla; por ser el día que es la hemos llamado San Jorge.
He resuelto acercarnos a ella.

Gallego no se ha mostrado conforme con mi orden, y he tenido que recordarle que fue Mendaña quien me dio el mando del bergantín.
Pero debe ir en su naturaleza el discutirlo todo.
Aunque yo también quiero llegar a Santa Isabel, no dejaré que por desidia, por el ansia de acabar con nuestro viaje, dejáramos pasar una isla que quién sabe si es la verdadera Ofir.

26 DE ABRIL.
Esta isla, en lengua natural se llama Varnesta y su taurique, Beko, y se nos ha mostrado muy amistoso, contándonos, por señas, que es amigo de los tiburones y de los caimanes, pero estos indios usan más de la astucia que de la fuerza, lo que les convierte en el doble de peligrosos.
Y digo esto porque, mientras parlamentábamos con Beko, varios de sus indios, en una canoa, se han acercado ` al bergantín, reducido al soldado que allí dejé y robado los dos puercos que llevábamos con nosotros desde que salimos de la isla Florida.
Hasta que no nos hemos vuelto al Santiago y visto a Rodrigo Montes sin sentido, y los puercos desaparecidos, no nos hemos percatado de su treta.
Hemos partido yo y diez hombres al pueblo más cercano, construido sobre una loma muy cercana a la playa y hemos dado con Beko.
Por señas le hemos hecho saber que nos devolviera los puercos.
Él ha hablado durante mucho rato, pero hemos sabido, por sus gestos que no tenía intención de devolverlos.

A una seña mía Juárez ha disparado su arcabuz.
Al ver todos los indios que uno de los suyos ha caído fulminado, han huido a la selva, con lo que hemos recuperado los puercos y regresado al bergantín; y cuando ya estábamos en la playa reparando la balsa se han acercado a nosotros, de nuevo, Beko y toda su gente; señalaban a los puercos y nos mostraban un collar hecho de dientes de un gran animal, quizás un caimán o un tiburón, y que parecían tener en gran estima.
Lo he rechazado.
Entonces, Jerónimo ha visto que uno de los indios llevaba un collar con una enorme perla atada en él.
Les hemos preguntado si tenían más y no parece que las tengan en mucho aprecio pues Beko ha dado varias voces y han corrido varios indios al poblado; al rato han vuelto con varias perlas en sus manos.
Las he tomado y, a una seña mía, Juárez ha disparado su arcabuz por encima de sus cabezas, con lo que han corrido más que el Diablo detrás de un alma:
Hemos regresado al Santiago, donde he dispuesto que pasaremos la noche.
A los tramposos, trampas, Isabel.
Las perlas nos han provocado tal estado de excitación que por vez primera la alegría ha tomado el bergantín como si de una ciudadela se tratase.

27 DE ABRIL.
Con el alba hemos dejado la isla de San Jorge en demanda de otras islas muy cercanas, que están hacia el Oeste, con lo que hemos desandado parte del camino.
Pero entre que se nos acaba el plazo y que están muy pobladas de arrecifes no nos hemos ni acercado a ellas;

simplemente las hemos bautizado como San Nicolás y Arrecifes.

28 DE ABRIL.

Ya hemos tocado la punta más austral de Santa Isabel, por el lado contrario al que están fondeados los navíos; antes de bojarla hacia el Norte, he ordenado fondear y desembarcar.

En una de las lomas cercanas a la costa, había una decena de árboles desnudos de hojas pero de los que colgaban, cabeza abajo, enormes murciélagos que han de tener, al menos, cuatro pies con sus alas extendidas.

Visión terrible pues tenía oído, y así me lo ha certificado uno de los soldados, que estos repugnantes animales, en una sola noche, son capaces de dejar sin sangre a un hombre sano, que si no muere por la debilidad, lo hace acometido por una fiebre terrible e incurable, que lo hace saltar, en su delirio, al menos tres palmos sobre el catre.

29 DE ABRIL.

Seguimos bojando Santa Isabel, que es una isla muy` extensa, pues hemos navegado cerca de cuarenta leguas hasta que hemos llegada a su punta Norte.

Durante el día de hoy hemos podido ver numerosas isletas, algunas pobladas y otras no, y a muchos indios pescando, que no nos han molestado, aunque muchos de ellos se han alzado sobre sus canaluchos para gritarnos y amenazarnos con el puño.

Hemos seguido viendo más murciélagos, los cuales, cuando llega la noche y se dan a la caza, provocan tal estruendo con su aleteo y sus chillidos que a uno le parece que ha llegado a la misma puerta del Infierno.
No he querido que desembarquemos.
A todos mis hombres les he dicho que, a la hora de acostarse, se cubran totalmente y no dejen nada de su piel al descubierto.
Es inmensa ésta, tu isla, Isabel.

30 DE ABRIL.
Hemos estado varados todo el día, pues los vientos han debido ahuyentarse con tanto murciélago.
Así que he dispuesto que, bogando en la balsa, se nos adelantasen Jerónimo y otros cinco hombres para anunciarle a Mendaña nuestra llegada.
Hacia el Oeste hemos visto otra isla, que hemos bautizado San Marcos.
Pero como el viento no aparece y son ya muchos los días que llevamos fuera no tengo intención de ordenar que nos lleguemos hasta ella.
Espero que Jerónimo sepa cuidarse, aunque sé que no he de temer nada porque ha mostrado mucho ánimo en todo momento. Estoy muy orgulloso de él, Isabel, y tú también debes estarlo.

1 DE MAYO.
El viento ha mejorado.
Hemos avanzado algo.

Pero una terrible visión nos ha azotado a todos: la corriente nos ha traído unos maderos que sólo pueden ser de la balsa de Jerónimo.
El solo hecho de que no se haya visto ningún cuerpo flotando ha impedido que enloquezca, pues Jerónimo ha naufragado, no cabe duda, y no podemos hacer nada más porque nuestro navegar es lentísimo.
No.
No puede ser, Isabel.
Jerónimo no ha podido venir hasta estas islas malditas y olvidadas para encontrar la muerte.
No.
No hago más que rezar.
Ya sé que tú, Isabel, lo estás haciendo desde que te dejamos en Panamá, hace ya de esto casi un año.

2 DE MAYO.
Dios nos ha escuchado, Isabel.
Pues pese a nuestro corto avance hemos dado con unas peñas en las que hemos visto a unos hombres haciéndonos señas.
Eran ellos. . Dios Santísimo que estás en los cielos, Creador de todo lo visible y lo invisible, alabado seas por no haber abandonado a estos, tus hijos. -
Nos hemos acercado hasta ellos, y aunque hemos tardado poco, a mí me ha parecido que no llegábamos nunca.
Tras un centenar de abrazos y besos, Jerónimo me ha contado lo sucedido.
Así me ha hablado:

-No habíamos navegado más de cuatro leguas, costeando la isla, cuando el mar nos ha empujado hasta unos arrecifes, que han destrozado la balsa como si fuera de papel. Ya nos creíamos perdidos, pero, gracias a Dios, hemos podido alcanzar la orilla a nado, aunque hemos perdido todos el hato. Como no teníamos armas con las que defendernos, hemos preferido esperar al bergantín y no andar por la costa en busca de las naos, pues de habernos encontrado con indios, ya nos podíamos dar por muertos. El caso es que o estas rocas nos han ocultado bien o esta parte de la isla está despoblada pues no hemos visto a ninguno. Pero aquí estamos, vivos, alabado sea Dios, la Virgen María y todos los santos del cielo.
Tan grande ha sido mi contento que he estado tentado de sacrificar uno de los puercos que llevamos a Mendaña para celebrarlo.
Pero me he retenido, pues ya debemos estar cerca de los navíos.

3 DE MAYO.
Día triste, pese a todo.
La aflicción se ha apoderado de mi corazón y del de todos los del bergantín cuando hemos llegado, al atardecer, al puerto de la Estrella.
Pues no menos de quince cruces, alineadas en la playa, nos han contado que la muerte y la desgracia han visitado la armada.
Y eso que el contento de la gente de los navíos, al vernos, ha sido muy grande, pero esas quince cruces

parecen clavadas en lo más hondo de nosotros, y no en la arena de la playa.
Esta tu isla, Isabel, ahora enlutada por la sangre de nuestros compañeros.
Dos de ellos han muerto por la mano de los indios, los cuales, por suerte, han sido duramente castigados por Sarmiento, que se ha empleado con gran valor y firmeza.

Ha crecido mi aprecio por él.
El resto ha perecido por culpa de unas fiebres violentísimas, y han muerto en medio de grandes espasmos y dolores.
¿Y cómo dar castigo a la fiebre? ¿Cómo, en el nombre del cielo?
Mañana debo hablar con Mendaña pues era ya tarde cuando he llegado a la almiranta; debo convencerle de que abandonemos esta isla maldita, que si algo me duele, Isabel, es que lleve tu nombre.
Ese nombre tuyo tan dulce, ese nombre tuyo que, junto a la Cruz del Sur, han sido mis guías en estas latitudes enfermas.

4 DE MAYO.
Opino que Mendaña también esperaba cualquier signo para ordenar el abandono de esta isla, pues acabar el relato: de nuestros descubrimientos y dar las órdenes para que se dispusiera la salida en el menor tiempo posible ha sido todo uno.
Iremos hacia Guadalcanal.
-Parecen esas islas, señor Ortega, las que hemos estado buscando en todo momento, pues en Santa

Isabel, por más que lo hemos hecho, no hemos encontrado nada de lo que sacar el más mínimo aprovechamiento.
Tras decirme esto, Mendaña me ha referido que Sarmiento, que ha estado en todo momento muy silencioso, se ha mostrado como mejor hombre de guerra que marino.
Y yo digo, Isabel, que los hombres que son válidos de verdad lo son en cualquier parte y bajo cualquier sol.
Cuando he salido a la cubierta de la capitana, Sarmiento, que estaba dando instrucciones a los marineros para arreglar unas velas maltratadas por un aguacero, me ha asaltado:
-¿Ha visto usted alguna señal de ese gran continente austral?
-Nada he visto. Pero hay en estas latitudes muchas islas, que siempre suelen preceder a una gran tierra. Además, algunas de ellas, como las de Guadalcanal o San Jorge, pueden sernos provechosas.
La respuesta de Sarmiento me ha sorprendido: -Pues yo espero que no tengan nada de provecho. Más tarde, Isabel, he comprendido.
Sarmiento teme que si, en efecto, encontramos en dichas islas oro o cualquier otro tipo de riqueza, no iremos nunca jamás en demanda de ese gran continente, por lo que prefiere que nuestra próxima visita a Guadalcanal sea un fracaso más rotundo que la famosa expedición de los Marañones. Pero yo no.
Yo quiero que algo de provecho saquemos de estas islas, en las que la hostilidad, las fiebres y la copiosa lluvia parecen las únicas señoras.

5 DE MAYO.
Ha empezado a dolerme la pierna derecha, casi a la altura de la ingle.
De tanto esfuerzo y de tanto agua, creo; y cuando no era salada, era dulce y maldición del cielo.
Jerónimo ya ha recuperado su ánimo de su reciente desventura.

La gente trabaja a buen ritmo en el abastecimiento, reparación y calafateado de los navíos.
En dos días se podrá zarpar. ¿Pero cuando a Lima?
Hace ya un siglo que dejamos El Callao, Isabel, o eso es lo que me parece a mí.

6 DE MAYO.
La pierna duele mucho. Mucho.
Pero no tengo fiebre.
Al atardecer, con los barcos, como quien dice, ya dispuestos, Mendaña nos ha convocado a jefes y oficiales para decidir el nuevo destino.
He tenido que estar sentado todo el tiempo, pues parecía que la pierna iba a desprendérseme del cuerpo.
Ni Gallego ni Sarmiento han abierto la boca; yo y Mendaña hemos sido los que más hemos hablado. -
Y se ha dispuesto ir a Guadalcanal e inspeccionar mejor el río de Ortega y sus bancos de arena, pues todos estamos seguros de que esas arenas arrastran oro.
Pero yo sólo anhelo ya una riqueza, Isabel: tus ojos.

7 DE MAYO.
No hemos zarpado hoy, pues aunque estaba todo previsto y preparado, Mendaña ha querido, por la tarde, rezar por los que aquí se quedan ya para siempre.
Todos hemos acompañado a Francisco Gálvez y a Juan de Torres en los rezos, con mucho fervor, y hasta con lágrimas muchos de nosotros, pues aunque en vida las diferencias pueden ser muchas, en la muerte todas ellas se olvidan. Ante la gran cruz que se levantó cuando llegamos, hace ya dos meses de ello, hemos rogado por ellos por última vez.
Descansen para siempre en paz, en esta isla de lluvia infinita, bañados por el mismo mar que vieron en Perú, pero a un universo de distancia.
Descansen para siempre Tomás Fuertes, Alonso Pérez, Diego de Frías, Juan Trejo, quien divisara tierra por vez primera, Gaspar Montero, Hernán Criado, Juan Montero, Pedro Martínez, Pedro Garrido, José Merino, Alonso García, Santiago de Lora, Diego de Chozas y Román Contreras.
Ellos ya están con la verdad.
Nosotros, Isabel, la seguiremos esperando. ¿Hasta cuando?

8 DE MAYO.
Hoy hemos visto que ya no estaba la cruz en la playa.;
Se la habían llevado los indios.
Hemos querido bajar a tierra, darles castigo y recuperar el símbolo de nuestra vida eterna, pero Mendaña ha

dicho que ello nos retrasaría mucho y que esa blasfemia ya la pagarán algún día.
Así, muchos de nosotros nos hemos quedado mirando la bahía de la Estrella con los puños apretados.
Que se abrasen para siempre en el fuego eterno esos salvajes.

Por toda la eternidad.
Ha habido trueque de puestos: ahora, en la almiranta se han embarcado conmigo Pedro Sarmiento y el piloto Pedro Rodríguez.
Y a Jerónimo esto no le gustado nada.
-Han estado compinchados todo el viaje y ahora van juntos. No me gusta este vino, padre. Amarga.
Yo no sé que pensar.

11 DE MAYO.
Tres días hemos tardado en llegar a Guadalcanal, pues no han sido muy propicios los vientos.
Tres días con la pierna dándome martirio.
Juan de Torres dice que tengo la vedija quebrada. Y que sólo se cura con reposo.
Reposo que aquí no puedo tener.
Reposo que sólo tendré contigo, Isabel. '
Hoy no he salido de mi cámara en el alcázar. -

12 DE MAYO.
Se ha tomado solemne posesión de la isla de Guadalcanal, cuyo nombre Mendaña ha respetado.

Eso me alegra.
Se ha izado en la bahía otra gran cruz, y se ha decidido llamarla así: Puerto de la Cruz.
Pero el general me ha dicho que cambiaría el nombre del río por el de río Gallego, ya que el piloto mayor ha participado mucho y bien, dice, en estos descubrimientos y por tanto, merece ser honrado también.

Para contentarme, me ha prometido que a cualquier nuevo descubrimiento le ponga yo el nombre que quiera. Pero me duele tanto la ingle que ahora no me preocupo de vanidades.

13 DE MAYO.
Día aciago y desgraciado, el más negro y triste desde que llegamos, Isabel, a estas islas que no son de Salomón, sino de Judas.
Han bajado nueve de nuestros hombres a tierra a recoger agua y cocos; cuando estaban a lo suyo, todavía en el Puerto de la Cruz, han sido sorprendidos por unos cien indios, que portaban macanas, hondas y también arcos y flechas.
Han muerto todos: Diego Quirós, Antonio de Méntrida, Martín Muñoz, Gil Álvarez, soldados; y Gonzalo Cota, Luis Méndez, Luis de Córdoba, Tomé González, marineros; y un criado del alférez Enríquez, un negro llamado Matías.

El ataque ha sido tan repentino y salvaje que no han podido defenderse y repelerlos, y a nosotros no nos ha dado tiempo a socorrerlos.
Luego, los indios han derribado la cruz, y pese a que la mar estaba algo violenta, he ordenado echar al agua una balsa de cañas que estábamos preparando para pescar entre los arrecifes.
Matías Pinedo me ha pedido acompañarme a darle castigo a los indios, pese a que Sarmiento me ha recomendado no salir, porque decía que yo y los que fueran conmigo nos íbamos a perder entre las olas.
Desde la capitana, Mendaña ha dicho lo mismo, con grandes voces, desde el castillo de proa de la capitana. -Ninguno de nosotros servirá de comida para estos salvajes.
Así les he dicho y hemos embarcado yo, Pinedo, Juárez, Rico y otros dos arcabuceros.
No sin dificultad hemos llegado al puerto y allí hemos disparado los arcabuces, que han hablado con tal furia que habremos matado y herido, al menos, a cincuenta de estos semihombres, que por su fiereza y color están más emparentados con los chacales que con cualquier raza humana.
Después de huir los indios, hemos dado cristiana sepultura a todos los nuestros, lo que nos ha llevado tiempo pese a que se han acercado más hombres de la capitana para ayudarnos.
Los cuerpos de los indios, los hemos tirado al mar, para regocijo de los tiburones, que han llegado al momento y en gran número, pues el olor de la sangre se propaga muy veloz en el agua.
He llegado, después de todo esto, a la capitana, y Mendaña se me ha abrazado llorando:

-¡Bendita sea su temeridad o su locura, señor Ortega! Nunca he visto, en todos los días de mi vida, semejante muestra de coraje. Los nuestros hallarán descanso eterno gracias a usted. Sepa que nunca olvidaré esto y que mi tío será informado de ello.
Gallego también me ha felicitado.
Pero mi pierna, y mi aflicción, no han permitido a mi vanidad que se solazara en demasía.

19 DE MAYO.
Casi una semana sin escribir, Isabel, pues nada hay que escribir.
Tan sólo alguna leve entrada de los nuestros para recordarle a los indios quienes son los dueños de estas islas, pues si ellos estaban antes, no las respetan, pues si lo hicieran, la trabajarían y sacarían provecho de ella y no se andarían comiendo los unos a los otros, pues ni siquiera se alimentan de puercos, a los que parecen adorar.
¡Adorar puercos!
Hoy ha intentado hacer una entrada el alférez Enríquez pero había muchos indios en la orilla y Mendaña, con buen criterio, ha parado la expedición.

22 DE MAYO.
Hoy han salido en el bergantín Enríquez y Gallego con el fin de bojar Guadalcanal para ver su extensión y explorar el río Gallego, antes río Ortega.
Prosigue el martirio de mi pierna. Casi quisiera no tenerla, Isabel.

26 DE MAYO.
Hoy hemos salido en una de las chalupas a buscar algo de comida, pues ya empieza a estar muy justa.
Nos han acompañado también hombres de la capitana, con lo que hemos juntado, en total, treinta hombres, los suficientes como para desbaratar cualquier ataque de los indios.
Hemos tomado una senda que salía a la izquierda desde Puerto de la Cruz y llegado a un poblado en el que el tauriqui nos ha recibido en paz.
Se llama Nabalmúa.
Nos ha prestado hombres, lo que ha de sernos muy útil, pues creemos que aquí se hacen la guerra los unos a los otros.

27 DE MAYO.
Hemos acampado a una legua del pueblo de Nabalmúa.
Se ha avanzado tan poco porque la vegetación de esta isla nos asfixia, como en Santa Isabel, y es que es ésta una tierra muy fértil y llueve mucho, y si mil árboles se talan, mil árboles que brotan de inmediato.
El primer poblado que hemos topado es enemigo de Nabalmúa y su gente, porque nada más vernos han empezado a lanzarnos flechas.
Nuestra respuesta ha sido tan certera y violenta que parece que no volverán a ser enemigos ni nuestros ni de Nabalmúa.
El problema es que los indios que venían con nosotros se han asustado tanto con el estruendo de los arcabuces que también han huido.

Como el poblado se ha quedado vacío, hemos aprovechado para coger muchos cocos, tres puercos y un par de gallinas; hemos retornado al poblado de Nabalmúa, al que sus hombres han debido contar lo ocurrido, pues nos han recibido con el terror pintado en sus rostros.
Por señas les hemos hecho saber que a ellos los considerábamos amigos; Nabalmúa se ha llevado la mano al pecho y tras llevarla a continuación al mío, ha dicho:
-Nabalmúa.
Eso quiere decir que es mi amigo. Yo he hecho lo mismo y dicho: -Ortega.
Con el trueque de nombres ha quedado sellada la alianza. Tiene esta gente, que es de piel negra, el pelo tintado de rubio, lo que no he visto nunca en ninguna otra raza. Después de esto, nos han acompañado cincuenta de ellos, con Nabalmúa al frente, hasta el Puerto de la Cruz y yo les he señalado las naves, en las que, le he contado, estaba mi taurique, que también es el suyo.
Al fin, Isabel, hemos encontrado un aliado en esta isla, que es la isla más fiera de todas en las que hemos desembarcado.

1 DE JUNIO.
Conversación Sarmiento:
-No hacemos sino perder tiempo. Pronto los vientos han de sernos desfavorables si queremos buscar el gran continente al Austro, pues soplarán del Suroeste hacia el Nordeste, y esa tierra se encuentra en la dirección

contraria. -Quizás sea el momento de hablar con Mendaña.
-Confío en usted, señor Ortega.
Pero el almirante no ha querido atender a razones.
-Ya veo que anda usted también excitado con los relatos del señor Sarmiento.
-¿Y si tuviera razón?
-¿Y si no la tuviera? Señor Ortega: los relatos de Sarmiento no son más que eso, relatos. Créame, este es nuestro destino, aunque no tengamos pruebas ciertas de que estén repletas de riquezas. Pero los bancos de arena de ese río las perlas de San Jorge... ¿No son acaso señales de esperanza? ¿No ve que andan nuestros hombres muy cansados y temerosos de seguir la misma triste suerte de veintitrés compañeros? Recogeremos todas las muestras que podamos de cuanto estas islas nos ofrezcan, esperaremos la llegada de Enríquez y volveremos a Lima, todo lo más, el primero de agosto, y no se hable más, señor Ortega que parece usted muy cansado, y yo también lo estoy hace ya tres días que tengo el estómago un poco desasentado.
No hay manera de reconciliar los pareceres `de Sarmiento y Mendaña.
No hay manera, Isabel.

3 DE JUNIO.
Ha regresado el bergantín.
Lo ha hecho con buenas noticias.
Dicen que el río Gallego, y otro más que han descubierto, el río de Santa Elena, son ricos en oro, pues en los

bancos de arena han encontrado granos de un metal que llaman oro bajo.
-Y en uno de los puertos, que hemos llamado Puerto Escondido, pues es muy cerrado, hay indios que usan unas mazas redondas, cuya punta es de un metal que también parece oro bajo.
Le he preguntado a Enríquez si no traían una de esas mazas como muestra.
-La traíamos, señor maestre de campo, pero la perdimos en un aguacero que casi vuelca el bergantín, de tan fiero que era.
Con lo relatado por Enríquez, Mendaña ha dispuesto seguir la misma ruta del bergantín, aprovechando todos los puertos que Enríquez y Gallego han visto y señalado en su carta.
Así que abandonamos el Puerto de la Cruz, Isabel.

15 DE JUNIO.
Llevamos casi dos semanas bojando la isla de Guadalcanal y salvo que el viento ha sido más bien poco propicio y que mi pierna, también, pues la mayoría de las veces me ha estado flagelando, nada, Isabel, nos ha acaecido que mereciera ser transcrito.
Hasta hoy.
Unos indios han atacado desde una canoa a ocho hombres que iban en una de nuestras chalupas cargados con alimentos para los dos navíos y han hecho volcar la embarcación, perdiéndose todo; por ello Mendaña ha ordenado a Sarmiento bajar a tierra con siete hombres para dar castigo a los indios, que no eran los de Nabalmúa porque no se atreven, y recoger, de nuevo, alimentos para todos nosotros. -¿Acaso

Mendaña quiere que no vuelva ninguno de ellos? La acotación de Rico ha sido de lo más certera.
Así se lo he reseñado a Mendaña, con grandes voces, desde la almiranta.
El almirante me ha mirado, se ha girado y, sin responderme siquiera, se ha recluido en el alcázar.
Pero Dios ha estado con Sarmiento, pues a la tarde, ha regresado la chalupa con él y sus siete hombres, todos sanos y salvos, y con buena cantidad de cocos y piñas para sus compañeros.
Debo decir, Isabel, que he sentido un alivio grande. Y una gran alegría.

16 DE JUNIO.
Hoy se han acercado tres canaluchos de indios y, con toda insolencia, han comenzado a lanzar flechas a los navíos. No hemos podido hacer otra cosa sino reírnos y disparar unas postas sobre sus cabezas.
Y no han navegado, han volado sobre las aguas.

18 DE JUNIO.
Hacia el Oeste, a unas siete leguas, a mediodía, hemos visto la isla de Ramos, que hace canal con la de Guadalcanal.
Desde nuestra posición, la isla de Ramos parece una ballena muerta en la playa.
Espero que no sea un presagio, Isabel. .

19 DE JUNIO.
De nuevo con ruta Sureste tras tocar la punta Norte de Guadalcanal; a las cuatro leguas de doblar hemos dado con un puerto muy bello y abrigado.
Se le ha llamado Puerto de la Asunción y los navíos han fondeado.
No me duele la pierna, pero no se debe a una mejora, sino a que llevo dos días sin levantarme casi de mi catre.

21 DE JUNIO.
Por señas nos han dicho desde la capitana que dejásemos de bojar Guadalcanal, en lo cual, según Sarmiento, se ha de precisar al menos seis meses, de tan grande como es.
Se ha virado hacia el Este, en dirección a otra isla que está a unas ocho leguas; creo que es San Jorge.
Y yo espero que no vayamos a ella, Isabel, pues es mi deseo partir, ya hacia Lima.

22 DE JUNIO.
Al final no hemos enfilado la proa hacia San Jorge, pero hemos llegado a otra nueva, que se ha bautizado como Treguada.
Y se le ha llamado así porque cuando ha bajado el alférez Enríquez, con Ricio y Jerónimo, para tomarla en posesión, se han acercado unos indios con modos amistosos, pero, mientras parlamentaban, les iban rodeando poco a poco; pero nuestros hombres se han percatado de ello y han hecho uso de sus arcabuces, pero sin herir a ninguno de ellos, que han huido con el estruendo de la pólvora.

Por su falsa tregua, se le ha puesto Treguada de nombre, porque ya con tanto descubrimiento, se nos agotan los nombres.
En lengua natural la llaman Brava.
Y ambos nombres, Isabel, son ajustados.

24 DE JUNIO.
Tres islas más, muy pequeñas y casi gemelas: se les ha bautizado como Tres Marías, y están pobladas, pues hemos visto bohíos en la orilla, pues no hemos bajado a tierra.
Están hacia el Sureste de Treguada.
Cerca de ellas hemos descubierto dos más, a las que hemos puesto los nombres de Santiago y San Urbán.

25 DE JUNIO.
San Cristóbal, isla a la que hemos llegado hoy, es una isla muy grande y muy poblada. Los naturales, cuando han desembarcado nuestros hombres, con el fin de que nos marcháramos, han empezado a agitarse, doblarse y escarbar con las dos manos en la tierra; luego, se metían en el agua y se echaban agua por la cabeza.
Pero no se les hizo caso, y se marcharon sin dar batalla.

26 DE JUNIO.
Hoy han vuelto los indios, en mucho mayor número, y con macanas y arcos y flechas.
Pero como estábamos todos en las naos, no ha habido enfrentamiento, pero es cosa de ver, Isabel, y no de

contar, cómo aúllan y hacen señas para que nos vayamos.
El caso es que, al poco iniciar su algarada, y viendo que los despreciábamos, se han subido a sus canaluchos y se han venido hacia las naos, pero de dos arcabuzazos han ido todos al agua, unos heridos y otros aterrados.
He podido ver cuan diestros son nadando estos perros. Porque son perros, Isabel, y no hombres, que les hemos visto andar a cuatro patas.

29 DE JUNIO.
Ha vuelto el bergantín, en que salieron anteayer Rico y Gallego, con varios hombres, en demanda de dos islas que se vieron al Noreste de San Cristóbal.
Dicen que las han llamado Pauro y Santa Catalina, y los indios que en ellas viven son iguales que los que hemos visto hasta ahora: amulatados, medianos, caribes, hoscos y feroces.
Pero han podido parlamentar con algunos de ellos, que les han dicho que, hacia el Suroeste hay una gran tierra.
A Sarmiento se le han iluminado los ojos:
-El gran continente.

1 DE JULIO.
Llevamos dos días abasteciendo los navíos para la partida definitiva hacia Perú.
Hoy, Mendaña nos ha llamado a los jefes y pilotos para tratar el asunto de la vuelta, que ya todos, creo que hasta Sarmiento, anhelamos.

-Recorreremos el archipiélago y volveremos a la isla de Jesús. Gallego dice que lo mejor es partir cuanto antes, pues de otra manera no encontraremos vientos favorables.
Sarmiento ha interrumpido, de improviso, el discurso del almirante:
-Opino, señor, que por lo que dijeron los indios de Pauro, estamos muy cerca, a no más de cuarenta leguas, del gran continente al Austro.
Pero Mendaña ha sido afilado:
-Eso ya se trató en su día, señor Sarmiento, y no hay nada más que discutir.
Pero han discutido, y con tal ardor, que de no haberme, necesitado Mendaña hasta el último hombre para el viaje regreso, hubiera ordenado colgar a Sarmiento por amotinado.
Al final, la púrpura ha pesado más que mil razones., Sarmiento, ya resignado, se ha limitado a preguntar:
-¿Qué ruta?
-A Nueva España.
Y el cosmógrafo ha vuelto a estallar:
-¡¡Nueva España!! ¿Estamos aquí todos locos o qué? ¡Señor almirante, bien está, pues ya se ha sentenciado, que no se descubra más, pero por el Norte de la Equinoccial en estas fechas, no haremos sino encontrarnos con una mar muy brava y enormes aguaceros! Por esa ruta señor, y ya no lo pido, lo ruego, no vamos hacia Nueva España, sino a nuestra perdición. Debemos volver por donde hemos venido.
Mendaña ha mirado a Gallego y éste a Mendaña. No se han dicho nada.
Al menos, no con palabras.
El almirante ha dicho, tras unos instantes de reflexión:

-Está bien: haremos lo que dice el señor Sarmiento. Saldremos en cuatro días con rumbo a Guadalcanal, y luego a Santa Isabel, para volver por el camino andado.

6 DE JULIO.
Tres puercos, una cacatúa blanca como la nieve, cientos de cocos, ñames, panaes, jengibre, un puñado de perlas, agua para tres meses de navegación y mucha alegría en la almiranta: con eso estamos abastecidos de sobra para la vuelta.
Vamos a Lima.
Voy hacia ti, Isabel.
Pero esta pierna...

8 DE JULIO.
Nada de viento.
Todavía no hemos dejado atrás San Cristóbal.

10 DE JULIO.
Fuerte tormenta.
Hemos perdido parte de la carga.
He enviado a diez de mis hombres en el bergantín a por más comida y agua.

16 DE JULIO.

En Guadalcanal, por fin.
Hoy el viento ha sido muy propicio, hasta el punto de que hemos creído que nos llevaba volando hacia la Nueva Guinea.
Sarmiento no ha podido sujetar su lengua:
-El viento nos castiga por dejar escapar la gran tierra incógnita del Sur.
Tal es su tenacidad que ya empiezo a echar en falta el silencio de Gallego.

17 DE JULIO.
Seguimos en Guadalcanal.
Últimos abastecimientos.

1569. 22 DE ENERO.
Un mes hace ya que llegamos, Isabel, a Salagua, puerto de Santiago de Colima, en Nueva España.
He visto la última anotación que hice en esta relación: 4 de septiembre, el día de la traición de Gallego y Mendaña, que se olvidaron de su promesa y, a la altura dé la isla de Jesús, a la que tardamos en llegar por culpa de 1a flojera de los vientos, en vez de mudar la derrota hacia Lima, continuaron hacia la Nueva España, por el Noreste, cuarta al Norte.
Y si desde e14 de septiembre no he escrito más es porque el dolor de la pierna, el ardoroso trabajo, la fiebre, la fatiga, el hambre, el sueño y la ira no me han dejado ni un hilo de aliento para ello.
En suma, Isabel, he estado muy ocupado salvando mi vida y la de mis hombres.
Cómo habrá sido nuestro viaje que, en noviembre, ya no recuerdo el día, llamé a Jerónimo, Rico y Sarmiento para

dictarles mi testamento, de tan malo como me vi, y, aunque desesperaba por no verte más, sentía una gran paz pues por fin iba a poder descansar.
Pero ahora sé que fuiste tú quien me salvó la vida, pues me diste fuerzas para ello.
Para aclarar toda esta historia, diré que, como dijo Sarmiento, los vientos no sólo no nos acompañaron, sino que nos hostigaron, en alianza con el mar, que yo creo que hemos debido recorrer de un lado al otro de su inmensidad. Y cuando el mar no nos zarandeaba, se estaba tan quieto que hemos estado, desde noviembre, cuando se separaron las dos naos, varados días y días en el mismo lugar.
Porque en el mar, Isabel, la calma es más peligrosa que la tempestad.
Casi sin agua y comida, que hasta nos hemos alimentado de cuero cocido y de cucarachas molidas, ha sido un milagro de Dios que sobreviviéramos.
Milagro de Dios y obra de Pedro Sarmiento, a quien Mendaña ha querido condenar y, con él, a todos nosotros. Cómo sería de cruel la mar, Isabel, que hasta nos dejó sin arboladura, y con un mástil que pudimos salvar, y una frazada, hemos llegado hasta Salagua, cuya costa salvadora vimos el 22 de enero, tres días después de que llegara la capitana.
Que Dios maldiga a Mendaña y a Gallego, y a su vez bendiga a Sarmiento, que siempre tomó decisiones que nos salvaron la vida, aunque perdimos, en todo el viaje de vuelta, entre ambas naos, a quince hombres, para los que pido toda la misericordia de Dios.
Yo rezo por su salvación.
Y rezo por el día, ya cercano, en que te he de volver a ver.

CARTA DE PEDRO DE ORTEGA, NIETO DEL MARISCAL DEL MISMO NOMBRE, A DON PEDRO DE ARANA

EN CUENCA, a 14 de enero de 1598.

Poderoso señor don Pedro de Arana, general de las Galeras y de las Armadas del Mar del Sur:

Hace dos meses que llegué a Cuenca, en la Audiencia de Quito, para hacerme cargo, como único heredero, de la encomienda que mi abuelo, el mariscal don Pedro de Ortega Valencia, ya fallecido, como sabrá, tenía en esta ciudad; y ha resultado que, entre sus legajos, he descubierto el diario de su viaje, con don Álvaro de Mendaña, a las Islas Salomón, diario que yo quiero entregarle, pues creo que es merced que merece la memoria de quien tan bien sirvió a Su Majestad y a usted mismo en tantas ocasiones.

Alguien de tanta dignidad como lo es Su Excelencia sabrá sacar provecho de él; suyo es, poderoso señor, pero no quiero acabar esta carta sin recordarle algunos de los méritos de don Pedro de Ortega Valencia, cuya sangre corre por mis venas para mi dicha y orgullo.

Mi abuelo llegó a Panamá hace más de cincuenta años, y al poco de su llegada, se levantó contra Su Majestad don Gonzalo Pizarro y varios encomenderos; y los hermanos Contreras, sabedores de que el licenciado Lagasca había ordenado llevar tres millones de pesos incautados al rebelde a Panamá, quisieron apoderarse de ellos tomando la ciudad, y mi abuelo, como miembro de la partida del capitán Ruiz de Marchena, desbarató a los bandidos, matando a casi todos sus hombres, y salvando los pesos y también la ciudad, pues los tiranos antes citados estaban dispuestos, si lo hubieran necesitado, a prenderle fuego.

Sabe Su Excelencia que mi abuelo también fue de la partida de Hernán Santillán contra el encomendero Hernández Girón, que también se levantó contra Su Majestad; si no lo recuerda eran aquellos que portaban un medallón en el que podía leerse: "Comerán los pobres y se hartarán".

Mi abuelo acudió a la llamada de la Audiencia de Lima y combatió a Girón y a sus hombres, ganándose el aprecio de sus capitanes por su coraje y su valor.

Por estos méritos, y por otros, recibió en 1563 el cargo de Alguacil Mayor de Panamá, ciudad a la que sirvió, en la que se casó con mí abuela, doña Isabel Hidalga, a quien Dios tenga en su gloria, y tuvo dos hijos, Jerónimo, mi padre, y Pedro, mí tío, fallecidos antes que mi abuelo.

Allí tuvo que sacrificar su hacienda, que tanto sudor le costó conseguir, para, en 1567, marchar, con todo a su costa, a las Islas Salomón; fue requerido para ello por don Lope García de Castro, en aquel año gobernador interino del virreino del Perú, y a quien conoció mi abuelo cuatro años antes, cuando don Lope llegó a Panamá para restaurar la Audiencia de Panamá, ciudad

en la que don Pedro Ortega sirvió, además, como factor y veedor de la Real Hacienda, durante muchos años y con gran provecho para S Majestad. Debe saber Su Excelencia que mi abuelo fue requerido por Su Majestad, el rey Don Felipe, que le hizo marchar a Madrid, con el fin de nombrarle general en jefe de la partida que pacificó el Bayano, región de Panamá en la que se habían sublevado los negros cimarrones, a los que persiguió por tierra y mar, a los que dio castigo grande y a los que consiguió pacificar, por más que el capitán Diego de Frías tratase, después, de oscurecer su labor, con insidias, diciendo que no buscaba nada más que su provecho y su gloria, llegando a pactar incluso con los cimarrones.

Sabe Su Excelencia que estos negros cimarrones, además de feroces guerreros, eran apoyados por el corsario Francisco Dráquez, inglés, que desde hacía tiempo andaba hostigando las costas de Perú y Panamá; y mi abuelo, con un batel le persiguió, pudiendo alcanzar a algunos de sus hombres, que marchaban en una barcaza, a la salida de un río, ordenando que fueran colgados y recuperando, así, todo el oro y demás riquezas que habían robado.

Todas estas empresas las acometió poniendo él mismo, de su hacienda, miles de pesos, y llevando consigo muchos siervos y criados, uno de los cuales, un negro llamado Antón Zape, consiguió la libertad por orden de Su Majestad por lo bien que sirvió y el valor que demostró en la lucha de mi abuelo contra los cimarrones.

Y no sólo se gastó su dinero, sino también otro mucho que pidió prestado, con lo que se endeudó con muchos vecinos, a los que pagó siempre, gracias a la renta de

dos mil pesos anuales que, por dos vidas, obtuvo de Su Majestad por sus méritos ya descritos.
Y sabe Su Excelencia muy bien, pues Su Excelencia fue quien se lo ordenó, que mi abuelo también se distinguió por ' su rigor en el cobro de las acábalas.
Es de justicia, Excelencia, que el relato de su viaje a las Salomón que hizo mi abuelo, que sirvió siempre tan bien a Su Majestad en islas olvidadas bajo lluvias infinitas y contra indios caribes, bajo soles ardientes y contra tiranos sedientos de oro e ingleses taimados, sea conocido de todos, y por ello me atrevo a pedirle que divulgue este diario como usted entienda y pueda.
Es justicia que se debe a la memoria de mi abuelo, don Pedro de Ortega Valencia, que fue su amigo, Excelencia.
Dios guarde a Su Excelencia muchos años.

EPÍLOGO

PEDRO SARMIENTO se querelló contra Mendaña tras el viaje a las Islas Salomón, pero jamás pudo cumplir su sueño de volver al Mar del Sur para descubrir Australia, cuya posición tan bien intuyó, y que no fue vista hasta 1605, cuando Váez de Torres atisbó el cabo de York, que llamó del Espíritu Santo. Sarmiento, a quien Mendaña destruyó todos sus papeles cuando llegaron de las Salomón, también persiguió a Francis Drake, fue hecho prisionero por los ingleses y confinado en la Torre de Londres. Tuvo como carcelero al corsario inglés Raleigh, que le tuvo siempre en gran estima. Tras su liberación, quiso colonizar el Estrecho de Magallanes, pero fracaso. Murió en 1585.

Álvaro de Mendaña tuvo muchos problemas tras su regreso de las Salomón pues su tío, don Lope García De Castro, fue relevado del puesto. Hasta 1595 no consiguió, tras ímprobos esfuerzos, organizar un viaje para colonizar las islas descubiertas casi treinta años antes. No llegó a verlas nunca, pues sus anotaciones eran incorrectas. Arribó a las Islas Marquesas, en una de

las cuales murió y fue enterrado. Su esposa, Isabel Barreto, que le acompañó en el viaje, asumió el mando de la escuadra, cuyo piloto era el portugués Pedro Fernández de Quirós. Isabel de Barreto se convirtió en la primera mujer de la Historia que obtuvo el cargo de almirante.

De Hernán Gallego nunca más se supo tras el regreso de la expedición en enero de 1569.

Las Salomón permanecieron olvidadas durante siglo y medio, hasta que el marino francés Louis Antoine de Bougainville llegó a las islas más septentrionales del archipiélago; pero no fueron colonizadas hasta finales del XIX, por marinos y misioneros ingleses.

En 1942 la isla de Guadalcanal fue escenario de una de las más largas y sangrientas batallas navales de toda la Segunda Guerra Mundial. Gadarukanaru, que así llamaron a la isla los japoneses, había de ser la cabeza de puente para la invasión de Australia. En esta batalla, que tanta literatura y cine ha inspirado, combatieron dos presidentes norteamericanos: John F. Kennedy y George Bush y escritores como Henry James, autor de libros como De aquí a la eternidad o La delgada línea roja, ambas felizmente adaptadas al cine. Desde la década de los 70, las Islas Salomón conforman un estado independiente miembro de la Commonwealth. Su capital es Honiara, en Guadalcanal. La ciudad, cuya calle principal se llama Mendaña Avenue, se levanta muy cerca del Puerto de la Cruz al que arribó Ortega en 1567.

En la isla de San Jorge todavía recuerdan, pues así ha sido transmitido de padres a hijos, el encuentro entre Beko y Pedro de Ortega.

JESÚS RUBIO
Toledo, 23 de noviembre de 1999